

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

AÑO XXXVIII
NUMERO 607
BARCELONA
OCTUBRE
1981



LA DEMOCRACIA ATEA

SUMARIO

REVOLUCION POLITICA
Y ATEISMO SOCIAL

Francisco Canals Vidal

¿HEMOS TENIDO GRANDES
SIERVOS DE DIOS!
FIGURAS DE SANTA MEMORIA:
COSTA Y LLOBERA

Luis Creus Vidal

BEATIFICACION DE CLAUDINA
THEVENET

Begoña, E.-S.

¿CUAL ES LA ESPECIFICIDAD DE LA
MORAL CRISTIANA?

Luis Cuéllar

SOBRE LA DOCTRINA SOCIAL CA-
TOLICA — LAS REALIZACIONES
PRACTICAS DE LA DOCTRINA SO-
CIAL CATOLICA

Elsa Hoerler de Carbonell

LA VELOCIDAD DE LA LUZ

M. M. Doménech, I.

ADMINISTRACION: Lauria, 19, 2.º 1.º-(10)
Teléfono 317 47 33
Director: Fernando Serrano Misas

«Las novedades deplorables y dañosas promovidas en el siglo XVI, que trastornaron primeramente la religión cristiana, vinieron en consecuencia a trastornar la Filosofía, y por medio de ésta, todo el orden de la sociedad civil. De aquí se originaron, como de fuente primera, aquellos principios modernos de libertad desenfrenada, inventados por la gran revolución del siglo pasado y propuestos como base y fundamento de un derecho nuevo, desconocido hasta entonces, y que está en oposición, en muchos puntos, con el derecho cristiano e incluso con el derecho natural.»

«En una sociedad informada por tales principios no hay más origen de autoridad sino la voluntad del pueblo, que siendo el único dueño de sí mismo, es también el único a quien se debe obedecer...; para nada se tiene en cuenta el dominio de Dios, ni más ni menos que si no existiese, o si no tuviese cuidado del género humano, de la sociedad o de los hombres, y como si los hombres no tuviesen ningún deber para con Dios, y como si fuese imaginable un poder político sin que no tenga de Dios mismo el principio, la potestad y la autoridad para gobernar.»

Estas palabras de León XIII en su encíclica *Inmortale Dei* «Sobre la constitución cristiana de los Estados» (2 de noviembre de 1885) contienen la orientación esencial y decisiva acerca del problema que en el orden práctico y político se plantea a la conciencia de los católicos en el mundo posterior a la Revolución francesa.

Sucesivos sistemas sociales y políticos, inspirados cada vez más radicalmente en principios filosóficos anticristianos, y que *consisten esencialmente en su puesta en práctica*, han desafiado a los católicos, especialmente en sus actitudes culturales y políticas, desde una doble línea de argumentación:

Los que se oponían en nombre de los principios cristianos al «derecho nuevo» nacido de la gran revolución eran acusados de intentar defender el orden social antiguo con pretextos religiosos; por lo mismo se les

presentaba también como enemigos del progreso, de la libertad y de la civilización moderna, y hostiles a la emancipación y elevación de los hombres y de los pueblos frente a las injusticias.

Para escaparse de estos argumentos, ciudadanos católicos, en especial pensadores y dirigentes políticos, y también teólogos y Pastores de la Iglesia, se han sentido impulsados, a pretexto de no confundir la Iglesia con una causa humana —con la causa humana que la revolución toma como blanco de sus críticas: el «Antiguo Régimen», el «Capitalismo»— e invocando por otra parte la exigencia cristiana de apoyo a la justicia y a la libertad, a proclamar prácticamente la identidad de la causa del cristianismo en la historia con el proceso de aquellas revoluciones de inspiración inmanentista.

Así, de una premisa que invoca *la trascendencia* de la fe cristiana y de la Iglesia sobre las causas humanas y temporales, para negar legitimidad a una defensa política del orden cristiano frente a la destrucción revolucionaria del mismo, se ha venido a deducir en bastantes casos una conclusión *inmanentista* y política: cristianos para el liberalismo, cristianos para la democracia, cristianos para el socialismo, cristianos para la liberación nacionalista de los pueblos.

En otros muchos casos se ha pretendido soslayar el problema invocando como único principio la llamada «indiferencia» de la Iglesia ante las distintas opciones o partidos políticos. Pero las más de las veces la invocación de este solo principio ha sido insuficiente para la comprensión práctica de la cuestión y para orientarse sobre el sentido de los acontecimientos. Precisamente muchas de las supuestas «opciones políticas» constituyen esencialmente la puesta en práctica de una tarea descristianizadora; también, y muy principalmente, por medio de la destrucción de relaciones exigidas en la vida social por la misma ley de la naturaleza humana, y que deben presuponerse en toda vida social compatible y armónica con la fe cristiana, tales como el respeto al matrimonio y a la familia, a la responsabilidad educadora de los padres, al trabajo y a la propiedad al servicio de las realidades personales, etc.

Si se olvidan los principios filosóficos antiteísticos y antinaturales —inhumanos— de las corrientes de la gran revolución política moderna en sus sucesivas etapas, se cae en la trampa de los equívocos. No se comprenderá así que el gran Obispo catalán Torras y Bages pudiese decir que «los cristianos nunca admitirán aquel principio del parlamentarismo moderno de que una mayoría pueda volver blanco lo negro, ni negro lo blanco, hacer justo lo injusto e injusto lo justo» (*Dios y el César*, 19 de marzo de 1911).

El Obispo Torras y Bages pudo formular aquel juicio sobre el parlamentarismo moderno, en su pretensión de ser fuente incondicionada de la moral pública, porque advertía claramente la oposición insalvable que con el concepto tradicional de «democracia» como participación ciudadana y respeto a los derechos sociales, tiene *el concepto revolucionario de la misma, que pone en la pretendida «voluntad general» la fuente incondicionada y absoluta de todo derecho.*

El Papa León XIII había enseñado ya en su encíclica *Diuturnum* «Sobre el origen del poder» (28 de junio de 1881):

«... En el siglo pasado surgió el Filosofismo, el llamado derecho nuevo, la soberanía popular, y últimamente una licencia ignorante que muchos llaman libertad; todo lo cual ha llevado consigo estas plagas llamadas comunismo, socialismo y nihilismo, tremendos monstruos de la sociedad civil que más bien parecen su muerte. Pero muchos se esfuerzan por extender y dilatar el dominio de estos males y, a pretexto de favorecer los intereses de la multitud, promueven grandes calamidades.»

La responsabilidad de los ciudadanos católicos ante estos movimientos, que han llevado a la práctica la «revolución atea», para decirlo con la justa expresión del propio Torras y Bages en la citada Pastoral «Dios y el César», es tanto más grave cuanto que el anticristianismo práctico de las corrientes de la modernidad revolucionaria se ha manifestado más eficaz para arrancar la fe y corromper las costumbres que cualquiera de las herejías dogmáticas o morales de los siglos precedentes.

En *La Tradició catalana*, un escrito de Torras y Bages de carácter personal, pero en el que brilla también su fidelidad profunda a la doctrina católica, expresó luminosamente la eficacia descristianizadora de la política revolucionaria, describiendo su acción sobre los pueblos latinos y particularmente sobre Cataluña:

«La inmediata filiación histórica y racional de nuestro liberalismo se encuentra incuestionablemente en la famosa Declaración de los Derechos del Hombre y en el Contrato Social de J. J. Rousseau. La constitución política de las naciones modernas, por lo menos en cuanto a su sustancia y espíritu, es indudable que proviene de aquellos principios.»

«El conjunto de principios emanados del concepto revolucionario formando un sistema dirigida al gobierno de los hombres y a la constitución social de la sociedad, es llamado generalmente liberalismo. Domina en la mayor parte de la Europa contemporánea, y principalmente también en el mundo latino de uno y otro hemisferio; de manera que nuestra raza, de inteligencia privilegiadísima, que tuvo bastante penetración racional para no dejarse engañar por el error en su forma religiosa y metafísica, en la invasión protestante; se encuentra dominada por el mismo error en el orden político y práctico, debido tal vez en parte a su temperamento generoso y poco analítico, y este error va minando de manera visible su antigua y fortísima constitución.»

Esta fuerza corruptora de la revolución atea se ha visto ayudada por la ignorancia de aquel su carácter contradictorio con la concepción cristiana de la sociedad, posibilitada por los equívocos de lenguaje y el seductor atractivo de sus pretendidos ideales. Pero también por la debilidad de la actitud pública de los católicos a quienes se han ofrecido pretextos de prudencia, reconciliación ciudadana, realismo y posibilismo político y conveniencia de evitar males mayores, para renunciar en su vida colectiva y pública a convicciones acordes con la fe.

A través de tales actitudes se ha pasado del reconocimiento de las situaciones de hecho a la adhesión a los principios que han desterrado a Dios de la vida social. De esta forma el ciudadano católico se ha entregado al «absolutismo de la democracia». No hay que olvidar que la democracia inspirada en la filosofía inmanentista es el más absoluto de los regímenes políticos y tiene su consumación natural en el totalitarismo socialista, siempre que no sea frenada o compensada por otras fuerzas o resistencias en la sociedad.

Intrínsecamente ligado a este absolutismo de la democracia atea, es decir, de la democracia derivada de la revolución atea, es aquella concepción que Pío XI llamaba «laicismo» y presentaba como la peste de nuestro siglo, y que se ha presentado después como la corriente de olvido de la referencia de lo temporal y profano a lo eterno y sagrado que Paulo VI definió como «nefasto secularismo».

Por esto también conceptos como el de «la autonomía de lo temporal», que se presentan muchas veces como algo justo y legítimo, toman desde la filosofía del secularismo laicista —conexa con la comprensión inmanentista y atea de la democracia— un sentido totalmente incompatible con la fe. Leemos en el Concilio Vaticano II, en *Gaudium et Spes*:

«Si por autonomía de las realidades terrenas entendemos que las cosas creadas no dependen de Dios y que el hombre puede usarlas sin referencia alguna al Creador, no hay creyente que no vea la falsedad de tales opiniones.»

Pero la realidad es por desgracia muy distinta y son bastantes los creyentes que no ven esta radical oposición, víctimas de aquellas argumentaciones falaces, a través de las cuales se ha contaminado la mentalidad de bastantes teólogos y eclesiásticos con los ideales políticos tantas veces condenados por el magisterio pontificio. Pierden así de vista la enseñanza católica, que había sido recordada también por el Papa Juan XXIII en su encíclica *Pacem in terris*:

«La autoridad es exigida por el orden moral, y toma su origen en Dios. Por tanto, si las leyes o preceptos de los gobernantes estuviesen en contradicción con aquel orden y, por consiguiente, en contradicción con la voluntad de Dios, no tendrían fuerza para obligar en conciencia, puesto que «es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres»; todavía más, en este caso, la autoridad dejaría de serlo y degeneraría en abuso.»

«Obedecer a Dios antes que a los hombres» es algo que puede exigir en muchas ocasiones del cristiano el abrazarse con la Cruz de Cristo. Sólo así podrá mantener incólume su fe y ofrecerla a sus hermanos. El Magisterio Pontificio, especialmente a partir del gran Papa Pío XI, ha insistido en la necesidad de proclamar el ideal cristiano ante el mundo de hoy:

«Si todos los fieles —afirma en la encíclica *Quas primas sobre la institución de la fiesta de Cristo Rey, de 11 de diciembre de 1925— comprendiesen su deber de militar con constancia y esfuerzo bajo*

la bandera de Cristo Rey, ciertamente se aplicarían con celo apostólico a reconciliar con Dios los espíritus ignorantes u hostiles, y se esforzarían por defender incólumes sus derechos. ¿No es verdad que para reparar de alguna manera la pública apostasía nacida del laicismo con tan grave perjuicio para la sociedad, es de suma utilidad que se celebre anualmente la solemnidad de Cristo Rey? Cuanto con más indigno silencio se silencia el nombre de nuestro Redentor en las asambleas internacionales y en los Parlamentos, tanto más alto conviene que se le proclame, y que se afirmen más extensamente los derechos de la Potestad y de la Realeza de Cristo.»

La alusión a las Asambleas Internacionales y a los Parlamentos no deja lugar a dudas sobre la intención del Papa Pío XI de remediar con la fiesta de Cristo Rey el laicismo dominante en la política y en la vida internacional. Pocos años después, en un documento de capital importancia en la historia del culto al Sagrado Corazón de Jesús, expresaba de nuevo el juicio de la Iglesia sobre la apostasía de los pueblos realizada en las revoluciones políticas anticristianas, a la vez que expresaba la aprobación y aliento de la Iglesia hacia la corriente de esperanza hacia el Reinado de Cristo surgida en el pueblo cristiano:

«En los tiempos pasados y en estos tiempos nuestros, por las maquinaciones de los impíos se ha llegado a rechazar el dominio de Cristo Señor nuestro, y a promover oficialmente guerra a la Iglesia, legislando y promoviendo plebiscitos contrarios al derecho divino y natural, y reuniéndose asambleas en las que se clamaba: "No queremos que Este reine sobre nosotros." Verdaderamente, con la consagración al divino Corazón de Jesús, puede decirse que brotaba con fuerza unánimemente por parte de los devotos del Sacratísimo Corazón, para vindicar su gloria y afirmar sus derechos, esta afirmación: Es necesario que Cristo reine. Venga tu Reino.» (Misericordissimus Redemptor. 8 de mayo de 1928.)

FRANCISCO CANALS VIDAL



PROPOSICIONES CONDENADAS EN EL SYLLABUS DE PIO IX
(8 diciembre 1864)

LAS LEYES MORALES NO NECESITAN DE SANCION DIVINA, DE MODO ALGUNO SE REQUIERE DE LAS LEYES HUMANAS SE CONFORMEN CON EL DERECHO NATURAL O RECIBAN DE DIOS LA FUERZA DE OBLIGAR. (Proposición 56)

EL ESTADO, POR SER LA FUENTE Y ORIGEN DE TODO DERECHO, ESTA DOTADO DE UN DERECHO ILIMITADO. (Proposición 39)

La trilogia revolucionària de llibertat, igualtat i fraternitat, ha estat un simulacre davant del qual han quedat sacrificades, en odi a l'absolutisme, les venerades relíquies que restaven encara dels temps verament lliures, igualitaris i fraternals de l'Edat Mitjana.

La Revolució, volent regenerar a l'home, l'ha fet esclau. Ha pensat que per a regenerar la humanitat bastaven algunes fòrmules pronunciades solemnement en els parlaments i estampades després en els còdics legals; però en l'esperit de l'home no hi ha posat rés. Humanitat i democràcia, veusaquí els séus mots sacramentals, i al compàs d'ells, que han vingut a ésser les flors retòriques de la nova eloqüencia popular, s'és refredada l'amor social, i un odi cordialíssim enverina les relacions humanes.

Torras i Bages: *Consideracions sociològiques sobre el Regionalisme*, VI, pp. 348-349.)

La trilogía revolucionaria de Libertad, igualdad y fraternidad, ha sido un simulacro ante el cual han quedado sacrificadas, en odio al absolutismo, las venerables reliquias que quedaban todavía de los tiempos verdaderamente libres de la Edad Media.

La Revolución queriendo regenerar al hombre, lo ha hecho esclavo. Ha pensado que para regenerar a la humanidad bastaban algunas fórmulas pronunciadas solemnemente en los parlamentos y estampadas después en los códigos legales; pero en el espíritu del hombre no han puesto nada. Humanidad y democracia, he aquí sus palabras sacramentales; y al compás de ellas, que han venido a ser las flores retóricas de la nueva elocuencia popular, se ha enfriado el amor social, y un odio cordialísimo envenena las relaciones humanas.

¡HEMOS TENIDO GRANDES SIERVOS DE DIOS!

Figuras de santa memoria en Cataluña

MIGUEL COSTA Y LLOBERA

(Conclusión)

UNA ALMA SANTA REPRESENTATIVA DE LOS NUEVOS SANTOS QUE ESPERAMOS

Costa y Llobera se nos antoja muy representativo entre los grandes siervos de Dios que celebramos y veneramos en estos artículos. Y que se nos antojan verdaderos precursores ante los tremendos problemas de la época que nos ha tocado vivir, de aquellos que la Providencia nos enviará —estamos seguros— ante los tiempos que nos acechan.

Un día, el Señor envió —parecía, nos atreviéramos a sugerir, como un ensayo estratégico— a sus Discípulos, en Misión. A predicar, a convertir, a expulsar los demonios.

Tal Misión fue un fracaso. No sería el último. Toda la Historia de la Iglesia, durante dos milenios, está llena de ellos. Gracias a estos fracasos comprendemos humildemente porqué el Señor nos dijo: «¡Sin mí, nada podéis hacer!» Ya que, de hallarnos embriagados, por lo contrario, por un aparente éxito, nos parecería que somos algo más que lo que aquella confesión reconoce: «¡Siervos inútiles somos!»

Cuando, de un modo especial, los Discípulos se admiraron ante el Señor de no haber conseguido expulsar a los demonios, Este les advirtió sobre una cosa que nos parece tener una actualidad moderna cada día más palpable. Hay demonios, les explicó Jesús, que no se pueden vencer más que con medios que hoy diríamos especiales. Y que vemos que son los sobrenaturales: oración y penitencia.

LOS SANTOS QUE VAMOS A NECESITAR

Al finalizar este proceloso siglo xx y cerrarse el II Milenio, todos tenemos el presentimiento —como un «viento de profecía»— de que la Pro-

videncia no nos abandonará. El nos dijo que permanecería con nosotros hasta el fin de los tiempos. ¿Qué clase de Santos nos depara?

Inclinados, desde estas líneas, a venerar y aprender de los más recientes Santos, o Siervos de Dios de santa memoria, intentamos ver en estas figuras características de santidad, si es que son precursores, como no dudamos, de lo que Dios nos depara.

Nuestra Revista, tan providencialista, no tiene reparo en recordar constantemente nuestro origen, tan modesto, pero sin duda marcado por signo providencial, como todo: no dejamos nunca de mencionar a quien fue nuestro venerado Fundador, el Padre Ramón M. Orlandis, y como éste, paisano y admirador de Costa y Llobera —que en estos momentos nos sirve de inspirador de las presentes páginas—, nos dejó dentro de la línea sobrenaturalista de Santa Margarita María, del P. La Colombière, del P. Ramière, de Santa Teresita del Niño Jesús, llevándonos hacia el Corazón de Jesús coronado, para nosotros, desde hace ya décadas, con este ideal en que no cejaremos: la Idea-Fuerza de Cristo-Rey.

Se nos antoja que, ante tiempos tan difíciles, nuestros actuales y próximamente futuros santos deben tener una característica. Vamos a ella.

Satanás, el Príncipe de este Mundo, triunfa. Reconozcámoslo.

No se trata de constituirnos aquí en profetas de desventuras. Esta frase ya debemos considerarla como tópico hartamente viejo, manejado por tanto impenitente optimista que se niega a abrir los ojos. Y por tantos a quienes parece Dios haya dado, precisamente estos ojos, para no ver, y oídos para no oír.

La mitad geográfica del Mundo en manos de potencias totalmente antiteocráticas. La otra mitad, llamada mundo libre, y tercer mundo, dividida en pueblos desbandados como ovejas sin

pastor. En todas partes triunfo del Laicismo más completo. Nos aterroriza el saber si podrá aplicarse a nuestra época aquella tremenda advertencia del Señor: «¿Creéis que cuando el Hijo del Hombre vuelva hallará fe sobre la tierra?» Sin ir más lejos, en España, en nuestra Patria, tenemos triste muestra.

Y presagios de horribles guerras, de calamidades sin cuento, al amparo de la Apostasía general.

Ante esta ofensiva victoriosa del Infierno, no cabe otro remedio, como hacían antaño los grandes guerreros, que *cerrar el cuadro*.

Recurrir al sacrificio generoso de cuantos, osaríamos decir, en santa desesperación, no vacilen en el sacrificio personal más total y más completo.

FIDELIDAD

Jesús, nuestro Capitán, necesitará, cada vez más, de almas auténticamente fieles.

Si contemplamos quien es Dios «El que es». Nuestro Creador y Bien infinito, estas almas santas se sentirían dichosísimas si, por un imposible, gracias a un aniquilamiento, podían contribuir a su victoria. Y se sentirían —porque la razón lo dice bien claramente— bien felices. Dios es Bien Infinito, digno de ser amado sobre todas las cosas y, por tanto, sobre nosotros mismos. Ninguna felicidad, honor, anhelo pueden ser superiores a la criatura como el servicio a su Creador, independiente, incluso, de toda recompensa, aun y sobrenatural ésta. ¡Qué mejor honor para la criatura el ser *quemada* en holocausto a su Creador!

¡Ah! Pero es que aquí queda otra cosa.

Este mismo Creador —su Hijo adorable— para nuestra salvación ha bajado del Cielo y querido encarnarse en nuestra carne miserable. Y, divino Capitán, Pastor divino, por sus huestes, por sus ovejas, ha querido ser combatido, maltratado, escupido, azotado y crucificado por ellas.

Ante esto, toda alma santa, militar de la Bandera de la Meditación, de San Ignacio, se siente inundada por lo que tan acertadamente ha sido calificado como la **LOCURA DE LA CRUZ**.

Nos atreveríamos a decir: provoca nuestro santo fanatismo. ¿Será quizá lo que Santa Teresita decía: «Je voudrais être fascinée?»

Y estas almas santas serán soldados que, osaríamos decir, ni Cristo, con toda su omnipotencia, podrá hallar premio para ellas, ni siquiera en el

Cielo. Porque ya tienen su premio en la Victoria de Cristo, su Rey, a quien aman infinitamente más que a sí mismas.

¡Holocausto ante Cristo-Rey!

ADORANT...

Costa y Llobera tiene, bajo este título, la más formidable de sus composiciones. Veamos alguno de sus fragmentos:

«Baix del carro vivent i formidable
de vostra majestat,
batega el cor en confusió inefable
d'amor i feredat.

A vostres peus, oh Rei de la Victòria,
jo el tir com una flor:
passau-li per damunt en vostra glòria
passau sobre mon cor.

Que l'esclafin les rodes sacrosantes
que aixequen pols de llum;
sols que pugua, morint a vostres plantes,
donar-vos un perfum.

Sols que pugua mon cor, perdent la vida,
amb son batec final
alçar-vos una nota més sentida
dins l'himne universal!!!»

(«Bajo el carro vivo y formidable —de vuestra Majestad— bate el corazón en confusión inefable —de amor y piedad—. A vuestros pies, oh Rey de la Victoria —lo echo como una flor—: pasadle encima mejor en vuestra gloria —pasad sobre mi corazón—. Que lo aplasten las ruedas sacrosantas —que levantan polvaredas de gran luz— tan sólo pueda yo, muriendo a vuestras plantas —ofreceros un perfume capital—. Que tan sólo pueda mi corazón, perdiendo la vida —en su último latido— levantaros una nota más sentida —en el himno universal.»)

Como dicen S. Juan de la Cruz, y Santa Teresa, y también Santa Teresita, felicidad infinita sería para estas almas el «quemarse», ante Dios, aun cuando por un imposible Dios no conociese su sacrificio. Con infinita gracia, Santa Teresita, nos decía: «En Sexta, existe una estrofa que yo pronuncio siempre contra corazón: “He inclinado mi corazón hacia la observación de vuestros pre-

ceptos a causa de la *recompensa* (Ps. CXVIII, 112)." Oh, Señor, Vos bien sabéis que no es por la recompensa que os sirvo.» (Hist. d'un Ame, pág. 289).

Y, sobre todo, cuando a la Adoración del Dios, Bien Infinito, se añade la «Locura de la Cruz» o sea la fidelidad al capitán divino que por nosotros murió y sufrió.

LA ROSA DESHOJADA

Resonancia mutua, son el «Adorant» de Costa y Llobera y la «Rose effeuillée», expresión y poesía máxima de Santa Teresita. Y aquí el paisano del gran mallorquín nos manifestaba su predilección por la segunda. Quizá el alma de Costa era demasiado grande para conseguir nuestra imitación...

No quiere ella ser la brillantísima rosa, estallido de belleza incluso sobre el altar de la Fiesta del Divino Niño. No. Prefiere ser, simplemente, la hoja que se deshoja en pétalos que se esparcen por el suelo... anónimos.

«La rose, en son éclat peut embellir ta fête,
Aimable Enfant!
Mais la rose effeuillée, on l'oublie, on la jette
Au gré du vent...
La rose, en s'effeuillant, sans recherche se donne
Pour n'être plus.
Comme elle, avec bonheur, à Toi je m'abandonne,
Petit Jésus!
L'on marche sans regret sur des feuilles de rose,
Et ces débris
Sont un simple ornement que sans art on dispose,
Je l'ai compris...
Jésus, pour ton amour j'ai prodigué ma vie,
Mon avenir,
Aux regards des mortels, rose à jamais flétrie,
Je dois mourir...

Santa Teresa del Niño Jesús *lo comprendió*.
Y nuestros Santos de hoy lo comprenden, y lo comprenderán cada vez mejor.

Y de esta comprensión nueva, brotará una nueva Cristiandad.

¿COMO CONSEGUIR ESTO? «EL PURO AMOR»

En el pequeño, brevísimo, ínfimo camino espiritual de la Santa de Lisieux, hallamos el modo

de que las almas también mínimas e ínfimas puedan colaborar en esta grande empresa, que parece reservada solamente a almas gigantes. La discípula de San Juan de la Cruz nos lo explica.

Nos recuerda que todos podemos —no para nuestro provecho, ni tan siquiera, si se quiere, para el sobrenatural, que, visto de este prisma al fin es lo de menos— desde nuestra pequeñez colaborar, y *mucho*, a la estallante gloria triunfante de Dios. De este modo, aquellos «anhelos infinitos» que confiesa tener la Santa de Lisieux, serán cumplidos, serán realizados, plenamente a la mayor gloria de Dios. En cierto modo, está en nuestras manos, las de almas pequeñas, ínfimas, despreciables, cobardes e inútiles, el procurar, al modo de los grandes santos incluso, aquella su mayor gloria.

La Santa nos recuerda que su grande maestro, San Juan de la Cruz, nos enseñó, relativamente al Señor, que «un acto de puro amor le es infinitamente más útil que todas las obras reunidas juntas». Y dice «útil». ¿Qué será la «utilidad» para Dios? ¿Cómo si nos necesitase, ínfimos e inútiles soldados! Pues bien: podemos serle «útiles»? ¿Cabe mayor ilusión?

Leed, leed la Canción XXVIII y los propios comentarios del Santo: «...que ya solo en amar es mi ejercicio». ¡En estas luminosísimas páginas, el humilde hijo de Fontiveros nos descubre un mundo! Y llega incluso a consejos, casi reglas, incluso paradójicas. «Porque: ¡para este fin de amor fuimos creados!» Llega —cierto que presupone criterio— a desaconsejar las «cosas activas, aunque fuesen de mucho caudal». Llega a aconsejar se abandonen obras auténticas y fructuosas, «gastando la mitad del tiempo en estarse con Dios en oración» (¡aun cuando en ésta no llegasen alto!).

¡Misteriosa la Canción XXVIII de San Juan de la Cruz! Y sospechamos que adrede «se dejó aún riquezas infinitas en el tintero». Pues, en el fin de su capítulo exclama: «Oh, cuanto se pudiera escribir aquí sobre esto!» Mas, acaba diciendo: «no es de este lugar».

PERO ES INDISPENSABLE «EL PURO AMOR»

Las almas pobres e ínfimas, que no dan ni darán más de sí: ¿pueden aspirar a llegar a ser *tan útiles* a Dios? Sí. Pero con esta única condición, a la vez la más difícil y la más fácil: que lo hagan con *puro amor*. Y a *falta de ello*, supliquen al Señor se lo conceda. Nuestro Padre Orlandis, con

su altísima mente, nos confesaba que, atravesando el templo, sentía santa envidia cuando veía, en un rincón sombrío a una humilde viejica rezando... Porque estimaba que aquellas preces eran absolutamente desinteresadas. Pedían a Dios su gloria, por su gloria. No sólo no pedían nada para sí, sino que se ignoraban. Y es natural, porque ante Dios procede ignorarse.

Dios necesitará héroes anónimos. No importa ser héroe anónimo de Dios y para Dios. Santa Teresa del Niño Jesús había llegado a desear que por un imposible, Dios ignorase sus méritos. Decía: «querría evitarle la molestia de haberme de recompensar». ¡NO IMPORTA SER HEROE ANONIMO HASTA DE DIOS!

¡Puro amor! Qué fuerza y que eficacia. Un día, esta admirable Santita felicitaba a una novicia suya que acababa de realizar un sencillo acto que implicaba un desprendimiento, un olvido, un verdadero anonimato, por así decir, casi incluso ante el Señor, le dijo: «Acabáis de hacer una acción más gloriosa que si, por hábiles gestiones, hubiéseis obtenido la benevolencia del Gobierno (era época de las persecuciones religiosas en Francia) hacia las comunidades religiosas ¡Y QUE TODA FRANCIA OS ACLAMASE COMO JUDITH!»

Y los santos no exageran. Dicen la verdad literal. Como cuando se confiesan siervos inútiles ante Dios. ¡Y es que, en verdad, lo son!

LA COMUNION DE LAS ENSEÑANZAS DE LOS SANTOS

Déjesenos observar que, así como existe la «Comunión de los Santos», existe también la «Comunión de las Enseñanzas de los Santos».

Es la única excusa que podemos aducir ante estos artículos. ¡Qué disgresiones! Del grante vate mallorquín hemos pasado a San Juan de la Cruz y a Santa Teresita. Mas, nuestro Fundador, el padre Orlandis, era precisament formidable en este tipo de disgresiones, que se nos antojan efusiones santas

El poeta Costa y Llobera no podía haber tenido tiempo, quizá, para gustar de Santa Teresita, poco conocida (antes de su glorificación) en su época. Es una suposición: tal vez si la leyó. ¡Qué regalo sería para él! En todo caso lo habrá tenido en el cielo. Pero si no de Santa Teresita ¡qué gustador fue él de San Juan de la Cruz, el místico máximo e inspirador de todos!

Costa nos perdonará esta disgresión. El *adivinó* la Era (que hoy se pretende olvidar) de CRISTO REY, a quien proclama siempre. Concluyamos con su sublime invocación. Es en la citada procesión de Viernes Santo, en Pollensa. Allí, como Juan de la Cruz, como Ignacio, como Teresita del Niño Jesús, se proclama *fascinado* por el Capitán Divino, SIEMPRE REY.

Que es siempre el mismo. Es su propio Corazón:

Blanc d'immortals amors i d'odis implacables,
damunt l'oneig del temps, seguia son camí
mostrant-se mai confós, entre corrents mudables,
profondament humà, profundament diví!

Blanco de amores y de odios implacables,
encima el mar del tiempo, seguía su camino,
destacando siempre, sobre todo lo mudable,
¡profundamente humano, profundamente divino!

LUIS CREUS VIDAL

LA LLIBERTAT ES INCOMPATIBLE AMB EL SOCIALISME.

RELIGIO, MATRIMONI I PROPIETAT SON INCOMPATIBLES AMB EL SOCIALISME, PER LO QUAL L'ESGLÉSIA EL CONDEMNA.

TORRAS I BAGES: *L'equilibri en la jerarquia industrial*



BEATIFICACION DE CLAUDINA THEVENET

FUNDADORA DE LAS
RELIGIOSAS DE JESUS-MARIA

BEGOÑA E-S.

Claudina Théevnet nace en Lyon en el año 1774. Segunda hija de una cristiana familia de siete hermanos venida a menos por reveses de fortuna, aprende desde niña en el hogar a amar a Dios.

Tenía 19 años cuando los sucesos sangrientos de la Revolución Francesa obligan a los cristianos a ser consecuentes con su fe. Los dos hermanos mayores se alistan voluntarios en el ejército contrarrevolucionario que lucha contra los jacobinos de París. Lyon es cercado y es derrotado. Luis y Fernando Thévenet, tras heroico y sangriento combate, logran escapar vivos, pero una vez más la

venganza y la delación son más crueles que el asedio, y son denunciados y encarcelados.

Glady —así llamaban familiarmente a Claudina— acude pronta y valiente a visitar y ayudar a sus hermanos presos, dándoles esperanzas que pronto son disipadas por la fría comunicación de la sentencia de muerte. Una mañana al ir a verlos a la cárcel, se encuentra con una larga cuerda de presos encadenados que marchan penosamente al suplicio, entre ellos descubre a sus dos hermanos, y arriesgándose los acompaña y consuela hasta su último momento. Recoge de ellos la última car-

ta, un adiós lleno de perdón cristiano hacia quienes van a quitarles la vida: «Glady, perdona como nosotros perdonamos», es su postrer mensaje.

Claudina no los abandona y sigue con ellos hasta presenciar el fusilamiento y ver caer sus cuerpos ensangrentados, y cómo los soldados rematan a los agonizantes, sin que le permitan acercarse a los cadáveres mutilados. El horror de estas trágicas escenas marcó su, hasta entonces robusta salud, para el resto de su vida, aquejándole unos fuertes dolores de cabeza y dificultades respiratorias.

Pero a partir de entonces, también a raíz de la heroica muerte de sus hermanos, tuvo una iluminación interior: la fuerza del mismo Cristo en la cruz perdonando. Toda su vida quedaría ya marcada por un pensamiento: hacer vida ese perdón.

Desde entonces Claudina renunció para siempre a fundar un hogar, y ya no pensó más que en Dios y en las almas.

A sus 20 años, con otras jóvenes de su edad, deciden dedicarse a reparar y reconstruir todo cuanto la Revolución ha ido arrasando, y dedica todo su tiempo y sus fuerzas al bien del prójimo, actuando bajo las directrices del Padre Linsolas, reorganizador del culto clandestino en Lyon.

LA VIRGEN NO QUIERE QUE SE HAGA NADA SIN ELLA

Cuando encontraba por las calles a niños pobres y abandonados que vivían y podían morir sin conocer a Dios, se estremecía de dolor; ésta era para ella la mayor de las desgracias.

Un buen día el Padre Andrés Coindre le lleva dos huérfanas abandonadas. Glady las viste, las cuida y se preocupa de que estén atendidas en casa de una amiga. Pero van acudiendo más niñas y es preciso organizarse para cuidarlas, dedicando todo su tiempo. Funda entonces su primera Providencia.

Pronto se ve en la disyuntiva de tener que dejar a su madre para poder dedicarse al cuidado de los pobres. La primera noche que decide abandonar su hogar sufre una fuerte lucha espiritual. Teme haberse embarcado en una empresa loca y

sin vías de éxito. Las burlas y los pronósticos de fracaso de sus familiares se le hacen muy vivos, pero invocando a Dios y a la Virgen María, superó la tentación de abandonar, lanzándose con ilusión a la obra iniciada en la que centra todas sus dotes de organizadora.

Se le van uniendo muchas jóvenes animadas de su mismo espíritu apostólico, y reúnen un buen número de niñas a las que enseñan un oficio y educan para que sean buenas cristianas. Claudina transmite a sus compañeras su recia espiritualidad, esperarle todo del amor de Cristo y de María «La Virgen no quiere que se haga nada sin ella» —decía—, y hay que dar a conocer a los hombres que Dios les ama.

BAJO LA PROTECCION DE LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

La Congregación nació bajo la protección de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. El padre Coindre, que había visto en Claudina la elegida por Dios para iniciar su obra apostólica, la animó a consagrar su vida a Dios como religiosa. En 1823 cambió su nombre de Claudina por el de María de San Ignacio, santo cuyo espíritu hizo suyo y quiso para su congregación.

La bendición de Dios va haciendo aumentar el grupo, y las casas Providencia para huérfanas se van multiplicando. Se abren también pensionados para niña de clase más acomodada.

Son numerosas las dificultades que hay que superar, dificultades de todo tipo, siempre derivadas de los avatares políticos de Francia. Llega la revolución de 1830 y la casa en que viven las religiosas en la colina de Fourviere, junto al santuario de la Virgen, fue ocupada como cuartel militar. Se cerró después el pensionado y las niñas volvieron a sus casas, pero ¿qué hacer con las huérfanas? «Quedémosnos con las más pobres» —decía—, y esa fue la decisión. Siempre fueron sus preferidas las más pobres, las huérfanas, las menos favorecidas, las de menos cualidades humanas.

Era un alma llena de fe y de esperanza, unida a Dios en todas sus dificultades. En tiempos de escasez, llegó a faltar el pan para sus huérfanas

acudió a la oración confiada y aquella misma mañana sonaba la campana de la portería. Llegaba un cargamento de sacos de harina para la casa.

RECORDAR A LOS HOMBRES QUE CRISTO LES SIGUE AMANDO

En la vida de Claudina Thévenet no hallamos nada excepcional ni milagros sorprendentes. Todo se realiza en medio de una gran sencillez y humildad, pero lo heroico es esa entrega constante y diaria, hecha con amor, como la madre que no cuenta sacrificios para su hijo. Ella ha querido transmitirnos esa dedicación sin medida a la juventud, a los niños, en especial a los más pobres.

La familia religiosa de Jesús-María tuvo pronto una fuerte expansión misionera. Ya en los primeros años muchas jóvenes fueron a la India, dejando allí la vida a los pocos años de su llegada. Ese deseo misionero es el que llevó a la Congregación a extenderse por los cinco continentes, llevando el mensaje que Dios quiere transmitirnos por medio de Claudina: «Que El sigue amando a los hombres y sigue estando a su lado.»

Así, hoy, en un mundo lleno de violencia, como el que ella experimentó, nos anima a transformarlo en perdón, a cambiar desde Jesucristo la miseria en dignidad, el abandono en acogida, el egoísmo en servicio, la indiferencia en amor. Por ello Claudina Thévenet es hoy un mensaje de esperanza en la Iglesia.

EL DIVORCIO LEGALIZACION DEL DESORDEN

«NO QUEREMOS SILENCIAR LA TRISTE IMPRESION QUE SIEMPRE NOS HA PRODUCIDO EL ANSIA DE QUIENES ASPIRAN A INTRODUCIR EL DIVORCIO EN LA LEGISLACION Y EN LA VIDA DE LAS NACIONES QUE TIENEN LA SUERTE DE ESTAR INMUNES DE EL, COMO SI FUERA DESDORO NO TENER HOY ESTA INSTITUCION, INDICE DE UNA PERNICIOSA DECADENCIA MORAL, Y COMO SI EL DIVORCIO FUERA REMEDIO DE MALES QUE EL SIEMPRE EXTIENDE Y AGRAVA AUN MAS, FAVORECIENDO EL EGOISMO, LA INFIDELIDAD, LA DISCORDIA DONDE DEBERIA REINAR EL AMOR, LA PACIENCIA, LA CONCORDIA, Y SACRIFICANDO CON DESPIADADA FRIALDAD LOS INTERESES Y LOS DERECHOS DE LOS HIJOS, DEBILES VICTIMAS DE LEGALIZADOS DESORDENES DOMESTICOS.»

PABLO VI

¿CUAL ES LA ESPECIFICIDAD DE LA MORAL CRISTIANA?

LUIS CUÉLLAR

I

Desgraciadamente, la desorientación imperante en la actualidad en los mismos medios cristianos hace que esta pregunta no resulte ociosa, sino que se convierta en algo vitalmente importante. La crisis de identidad que atraviesa hoy el cristiano es tan profunda que tanto su «ser» como su «obrar» *cristianamente* se le han convertido en cuestiones removidas de raíz, verdaderamente angustiantes sobre todo porque las respuestas que obtiene de una u otra parte a menudo difieren e incluso se oponen escandalosamente. ¿Qué es, pues, y qué comporta —se pregunta— en terreno práctico «ser cristiano»?

No creemos inexacto afirmar que en estos últimos años ha ido penetrando en el campo católico (único al que voy a referirme aquí) una visión puramente «humanista» del cristianismo, que subraya la absoluta ejemplaridad del *hombre* Jesucristo, tanto en el orden individual como en el social y en el político, y, por consiguiente, el insoslayable deber de todo hombre de imitarlo vitalmente a fin de conseguir con ello la plena realización de uno mismo en tanto que hombre y de contribuir entonces a la vez en la instauración del reino, entendido como el mejor mundo del mañana.

Un síntoma del hecho de que la visión del cristianismo que acabo de esbozar ha ido mentalizando progresivamente el mundo católico, nos lo da nada menos que el famoso teólogo suizo Hans Küng —objeto, por lo demás, de no pocas polémicas— con su opúsculo *Veinte tesis sobre ser cristiano* (1) (resumen hecho por el mismo de su voluminoso *Ser cristiano*), cuya tercera te-

sis dice literalmente: «Ser cristiano significa vivir, obrar, sufrir y morir como verdadero hombre siguiendo a Cristo en este mundo de hoy: sostenido por Dios y dispuesto a ayudar a los pobres en la felicidad como en la desgracia, en la vida como en la muerte». Y, cuando más adelante se pregunta: «¿Quién obra cristianamente?» responde —tesis 10.^a—: «Lo que distingue la acción cristiana es el seguimiento de Cristo...»; en cuya explicación Küng sólo subraya que lo que hace realizable este seguimiento por parte de los hombres es el hecho que lo que lo suscita no es un «principio» abstracto, sino una «persona» capaz de atraer, de «exigir» y de «animarla».

En la palabra «solamente» que «he escrito casi inconscientemente al comentar esta presentación del mensaje cristiano, ya se trasluce la insatisfacción que no puede menos de producirme. Insatisfacción no tanto por lo que *dice* positivamente cuanto por lo que *omite* o silencia: ninguna referencia explícita, en efecto, a una *real divinidad* de Cristo y, por tanto, ninguna referencia tampoco a una *real comunicación* por su parte de la divinidad a los hombres (la gracia deificante), con todo lo que ésta supone de verdadera eficacia para nuestro seguimiento de Cristo no sólo como hombre modélico, sino también como único auténtico acceso a la vida íntima de Dios i, ulteriormente, a un reino que «no es de este mundo». En una palabra: ninguna alusión al hecho de que ser cristiano es, precisamente, ser *más que hombre*, es *ser y actuar* ya aquí desde un nivel espiritual divino, alcanzado por el hombre gracias a un Dios que a pesar de ser, lógicamente, *trascendente* a nosotros, ha querido, en tanto que *amor* infinito, hacernos «participar» de su propia naturaleza,

«ahijádonos adoptivamente, como dice San Pablo. (2)

Todo este preámbulo era necesario para no perder de vista que la *especificidad de la moral cristiana* no puede ponerse únicamente en la *plena realización del hombre* —ideal que todos los humanismos comparten de una u otra manera—, sino propiamente en el evangelio «sed perfectos como lo es mi Padre». Tampoco puede lógicamente indicarse como medios adecuados para la consecución de este fin tan elevado e insospechable los esfuerzos virtuosos de los hombres, siempre forzosamente insuficientes. Solamente la gracia divina, la gracia santificante puede «fortalecer» y «elevar» (debemos tomar estos términos en su sentido más literal) el obrar humano hasta aquel nivel sobrenatural indicado por el mismo Jesucristo. El cual se daba cuenta hasta tal punto de la excelsitud del fin que se le proponía al hombre, que no para vanagloriarse de sí mismo, sino para proclamar simplemente una verdad bien obvia, le repite una y otra vez en diversas modulaciones aquel patentísimo «sin Mí nada podéis hacer». Afirmación que ciertamente da pie para reducir toda la moral cristiana, como hace Küng, a «seguir a Cristo», pero sólo si se añade inmediatamente —cosa que el citado teólogo ya no hace— que Jesucristo, bien consciente de lo que pedía al hombre, no dejó de proporcionarle los *medios reales* vehiculadores de la vida divina con los cuales el «seguimiento de Cristo» pasará a ser algo ontológicamente mucho más profundo que una mera «imitación» de un comportamiento modélico.

Dicho en dos palabras: muchos moralistas de hoy rehuyen, a mi juicio, la riquísima temática de los *sacramentos*, seguramente porque los consideran unos ritos mágicos copiados de las «religiones místicas» contemporáneas; reliquias, pues, de un pasado supersticioso ya bien barrido. Sin ver en ellos, contemplándolos desde la «lógica del amor» del Dios cristiano (trascendencia infinita, pero al mismo tiempo amor infinito para nosotros), una *consecuencia* necesaria para que los designios amorosos de Dios *se realicen verdaderamente*. Se diría que el miedo a caer en el ridículo en pleno siglo XX, admitiendo aún elementos «míticos» en el cristianismo, les impide captar la maravillosa «coherencia interna» de la fe y la moral cristianas cuando se las ve como un «todo evangélico» que no contradice la razón, sino que la sobrepasa en virtud de su misma gran-

diosidad. Creo que debería serles suficientes el montón de estudios históricos acumulados en la que va de siglo evidenciando las diferencias esenciales entre sacramentos cristianos y ritos místéricos para abandonar su *encogida* actitud. Pero, si no, me parece que les bastaría con solo ahondar en el *sentido* y el *contexto* de la noción de sacramento cristiano (el único otro que, por ser amor, no quiere dejarnos alejados de su propio bien) pasa advertir la enorme distancia a que queda el rito místico de salvación (subsistencia de un marco politeísta, falta de auténtica voluntad salvífica en el dios-víctima involuntaria de una muerte física —pensemos en el Osiris egipcio—, hábil apropiación por los hombres del rito redentor, etc.) Toda una otra cosa. (3)

Podría pensarse, tras de lo que vamos diciendo sobre la moral *cristiana* y de los medios sacramentales que su práctica efectiva exige, que su «contenido» debe consistir en prescripciones celestiales, nada materializables en el mundo en que vivimos ordinariamente; como si se nos invitara permanentemente a «vivir en las nubes» para sentir más próximo el calor de Dios. Nada de eso. «Seguir a Jesucristo» no consiste ahora, por ejemplo, esencialmente en hacerse anarquista o socialista, pero tampoco en el hecho de huir al desierto a fin de poder tener más fácilmente éxtasis místicos. Son otras las religiones o los movimientos espirituales que nos proponen evadirnos del mundo. La vida de Jesús, en la cual —como acertadamente subraya Küng —hemos de despejarnos si queremos descubrir el *quid* del obrar cristiano, no puede ser más «encarnada» en la realidad de su mundo circunstancial. Sin dejar de recomendarlos la oración —entendido como un diálogo íntimo y confiado con Dios— *Padre nuestro*, Jesucristo quiere (y para ello nos ayuda con la gracia) que incluso nuestros actos más corrientes, individuales o relativos a los demás, *se enriquezcan* con un sentido y una finalidad sobrenatural que hagan de ellos una *verdadera anticipación de lo que será la convivencia familiar de todos en la plenitud del amor que impregna la vida trinitaria divina*. Anunciando las bienaventuranzas, Cristo sabe perfectamente que nos propone un tipo de vida *sólo aparentemente* sencillo; *de hecho*, se trata de una vida moralmente sublime y santa, es decir, literalmente divina. La moral cristiana implica una *exigencia humana* y un *don divino* inconcebibles en cualquier moral exclusivamente humanista. En este sentido, las sobrepasa, asu-

miendo aquello que tales morales puedan contener de verdaderamente humanizador: para «elevar» al hombre al nivel de la vida sobrenatural-divina hace falta, evidentemente «tenerlo» ya sin minimización alguna en su propio nivel natural.

II

Creo que ha quedado suficientemente claro que no hay moralidad *cristiana* más que en una vida sostenida y dinamizada *sacramentalmente*, es decir, implantada «realmente» en Jesucristo, verdadero Dios y verdaderamente hombre. Es más: creo que la conveniencia de «desmitologizar» los sacramentos, que no pocos cristianos experimentan, cae ahora por su propio peso, si precisamente por fidelidad a los datos escriturísticos (en este caso tan abundantes en el Nuevo Testamento), se advierte que la inconmesurable trascendencia del fin asignado libremente y amorosamente por Dios al hombre *exige el establecimiento* de unos medios *sobrenaturales divinos de auténtica participación del hombre en la deidad*. Aquí, como en tantos puntos de la religión cristiana, que parecen provocar una cierta «incomodidad» intelectual a no pocos católicos, lo que hace falta es *asumir el misterio en toda su plenitud y «escandalosidad»*; sólo entonces se estará en condiciones de percibir su «lógica interna» y su grandiosidad. Entendámonos: no habremos *demostrado* el misterio, pero lo habremos visto como *razonable* (condición imprescindible para el entendimiento) y abierto a su admisión entusiasta por parte del hombre, el cual, afortunadamente, tiene otras muchas dimensiones además de la intelectual.

Es en esta dirección que esta segunda parte de mi trabajo quiere avanzar algo más para —digamos— «comprender» mejor los sacramentos, *alimento esencial*, como hemos visto, de la vida moral cristiana. Porque hasta ahora no nos hemos referido a un aspecto que presentan, en principio bastante chocante. Los sacramentos son «signos sensibles y eficaces de la gracia». Es decir, *realidades materiales* perceptibles por los sentidos... ¿Cómo entender que el Dios cristiano, naturalmente espiritual, haya escogido unos *medios materiales* para comunicar su propia vida íntima al hombre? ¿No hubiera sido más digno de El

que esta participación espiritual se hiciese sin ninguna «mediación» material?

Se ha contestado a esta pregunta haciendo observar que es una ley de la naturaleza humana que nada entra en su interior si no es pasando por el canal de la sensibilidad. Jesucristo habría querido respetar esta ley también en el caso de la infusión de la gracia. Al mismo tiempo que, para no caer en una interpretación puramente mecánica de ésta, se ha subrayado también que la recepción de la gracia requiere una disposición especial del alma, algo de orden espiritual.

Creo que vale la pena destacar la tendencia existente en muchos católicos a sólo querer ver y valorar este aspecto espiritual de los sacramentos, mayormente pudiendo apoyarse en la tradicional doctrina de la Iglesia que afirma que la recepción de la gracia no tiene lugar si no se da en nosotros aquella «disposición interior», hecha de buena voluntad, pureza de intención, rechazo del egoísmo, etc., a que aludía más arriba. Un paso más y el aspecto material —cosas, palabras, ritos— se dejará a un lado, con lo cual los sacramentos se habrán «interiorizado», «espiritualizado», volatilizándose su parte sensible o, en todo caso, adquiriendo ésta un mero valor de «símbolo» (como en muchas sectas del protestantismo desmitologizador).

Pero ¿no nos encontramos entonces una vez más, con un tipo de cristianismo pobre y «acomplejado», que, inconsciente de la gran riqueza que tiene en la fe, y, al mismo tiempo, obsesionado por allanarlo hasta el nivel de la racionalidad humana, también ante los sacramentos no para hasta vaciarlos de sentido?

Mirémoslo detenidamente. En primer lugar, que la recepción de un sacramento requiera una buena disposición espiritual en el receptor significa que ésta es una «condición necesaria», pero *eo ipso* «suficiente». Sostenerlo supondría pecar de *iluso*: olvidar que entre la naturaleza de Dios (ser-autosuficiente, omniperfecto, creador por amor, etc.) y la del hombre (ser creado, contingente, limitado) hay un abismo ontológico que tan sólo Aquél puede superar «dándose» voluntariamente y gratuitamente al hombre (de ahí el nombre de «gracia»), no por necesidad suya, sino por un amor generoso que sobrepasa todo lo que

«racionalmente» se podría esperar. La vida íntima divina, lógicamente sólo puede darla Dios. La buena disposición anímica de acogerla sí que está en las manos del hombre, y éste ha de hacer todo lo que pueda para «preparar su casa» para un huésped tan alto (como el esfuerzo, necesario, pero no suficiente, de limpiar los cristales para que el sol ilumine la habitación). Que, por ejemplo, la constricción sea una condición absolutamente necesaria para que podamos recuperar la gracia divina no significa que sea ella la que nos la confiera nuevamente: forzosamente ha de «entrar en juego» Dios mismo para que esta recuperación sea efectiva y real.

Comprendemos —creo— ahora claramente dos cosas: 1) que la buena disposición espiritual del hombre es una condición necesaria para la recepción de la gracia; y 2) que aquella disposición espiritual no tiene por sí misma ninguna virtualidad deificadora. «Necesaria», no es, empero «suficiente» como medio capaz de infundirnos realmente la gracia. Queda así bien evidente que el rito externo que todo sacramento comporta —el aspecto «material» del sacrosanto— *no es algo secundario* a los ojos de Dios para hacer efectiva su dinámica donación personal. Es ahora cuando vuelve a alzarse ante nosotros *aquel inquietante interrogante: ¿No sería más digno de Dios que su donación personal espiritual se hiciera sin ninguna mediación material?* Podemos incluso imaginar lo que esa donación espiritual podría ser: sencillamente, una *inmediata y directa* respuesta deificante que el hombre recibiría *adoptando* de corazón la buena disposición espiritual aludida. Como si dijéramos: un abrazo puramente espiritual, transformador.

Nada tiene de extraño que hoy día en que la mayoría de los católicos reconocemos, en mayor o menor grado, que la Iglesia ha disfrutado a lo largo del tiempo (incluso ha explotado a menudo desacertadamente) de un poder temporal muy considerable, se haya extendido mucho la idea según la cual la concepción digamos «mixta» (espiritual-material) de los sacramentos ha sido decididamente defendida por la Iglesia católica por un motivo deplorablemente interesado: Conseguir que la sociedad reconozca en sus «ministros» —únicos administradores «autorizados» de los sacramentos— una especie de casta privilegiada, con unas atribuciones y unos derechos intocables. Sólo falta unir la —por lo menos— tendencia

actual hacia esta idea con la otra tendencia hacia un *gran menosprecio de toda manifestación externa* de la espiritualidad cristiana (desde las medallas hasta las procesiones) para poder comprender que la concepción exclusivamente espiritualista de los sacramentos, que todo lo hace recaer en la actitud íntima de la persona, haya pasado a aparecer a los ojos de muchos católicos como una visión *incluso más pura y profunda de esta realidad*. Por otra parte, ¿no es bien ortodoxa y antigua la doctrina del llamado «bautismo de deseo», *suficiente* para obtener la gracia en aquellos que sin culpa lo ignoran todo de la Revelación, pero ¿viven con rectitud de intención? I ¿no condenó la misma Iglesia la tesis de Quesnel (s. XVIII) de que «ninguna gracia se da fuera de la Iglesia (se entiende «visible»)»? No encontramos, pues, en la misma doctrina de la Iglesia «hendiduras» a través de las cuales se entrevería el sentido quizá más profundo de los sacramentos y, en definitiva, de la salvación que se les atribuye?

El interrogante al que aludía anteriormente adopta ahora delante de nosotros la fisonomía angustiante de un *reto*: ¿es posible defender después de todo lo que hemos dicho, la concepción «mixta» de los sacramentos? ¿Es aún posible mostrar su «razonabilidad»? En lo que me queda de este trabajito me esforzaré por hacerla ver, poniendo de relieve su admirable *realismo* y su gran *riqueza*, muy superior a la de cualquier otra interpretación, por más «depurada» que pueda parecer.

Ya me he referido anteriormente a los teólogos que la han querido justificar destacando la doble naturaleza anímico-corporal del hombre, que Jesucristo tiene perfectamente en cuenta a la hora de infundirle una realidad tan espiritual como lo es la deidad por medio de una realidad tan material como lo es el sacramento en tanto que «signo sensible». Es, ciertamente, muy encomiable ese hacer ver como también en este terreno se cumple una de las características más peculiares del cristianismo: su absoluta oposición a valorar negativamente la materia, cosa que sí han hecho los platonismos y los gnosticismos de todas las épocas, para los cuales el hombre es un alma «encarcelada» en un cuerpo despreciable. (4) Al hacer visibles y tangibles los sacramentos, Cristo no sólo ha dado una prueba de no rehusar lo material, sino que también la ha dado de estar

atento a la dual naturaleza del hombre y de conocer bien su psicología.

Estas consideraciones proporcionan, sin duda, *credibilidad* al carácter mixto de los sacramentos. Pero *me atrevería a proporcionar otra consideración que no he visto nunca aducida por teólogo alguno en este punto*. Me refiero al hecho de que la mediación material —distinta en cada sacramento— que Cristo ha indicado al hombre como algo imprescindible para adquirir la vida divina, contribuye fuertemente a hacer que *todos captemos mejor* tanto la *trascendencia* de Dios —«naturalmente» inasequible— como la *gratitud* de su propia donación y el *amor* infinito que ésta supone hacia nosotros. Estableciendo unos «determinados» signos sensibles de la vida que quiere infundirnos, *Dios nos alecciona de un modo realista y rico* sobre muchas cosas fundamentales para ser cristianos y vivir cristianamente *con plena conciencia* de lo que esto significa. Deja, en efecto, de esta manera más claro que esta nueva vida que recibimos y el Ser que nos la comunica no se hallan en nuestro interior, sino que *hemos de ir a buscarlos fuera y precisamente allí donde El quiere convocarnos*. (5) Se nos hace bien manifiesto que, en este terreno, *lógicamente* es Dios quien «ordena y manda» libremente de Sí mismo. No se trata de una ostentación de «dueño» arbitrario y caprichoso en este modo de proceder. Simplemente, se trata de la proclamación plena de unas «realidades» y de unas «relaciones» maravillosas en la medida en que denotan un Dios que esencialmente es Amor. En la manera de proceder *sacramentalmente* de Dios respecto a los hombres *hay que ver una manifestación más de este amor*, ya que les da ocasión de vivir *bien conscientemente* unas verdades «descomunales», profundamente entusiasmantes, en efecto, porque evidencian incluso «sensiblemente» la *inaudita* posibilidad para nosotros de ser más que hombres. Y esto no en el sentido, por ejemplo, de devenir ese superhombre, tan problemáticamente

atractivo del que nos habla Nietzsche, sino en el sentido de «entroncarnos» ontológicamente y operativamente con Aquel en quien se realiza plenamente la verdad, la belleza y el bien. Entroncamiento que, de rechazo, nos entusiasma para trabajar en el *mejoramiento ya de este mundo* con una eficacia que sobradamente sabemos que, solos, no lograríamos.

* * *

Me gustaría que el lector sacara de las reflexiones anteriores las *cuatro siguientes conclusiones*:

- 1) Que una vida moral, no fundamentada ni sostenida «sacramentalmente» nada tiene de específicamente cristiano.
- 2) Que los sacramentos no son unos determinados ritos *por los cuales* el cristiano ha de «pasar» en ciertos momentos de su vida, sino *en los cuales* ha de procurar «quedarse» permanentemente, en la medida en que lo que cuenta de ellos es la *instalación* que hacen del hombre en un nuevo y divino nivel de vida moral.
- 3) Que en lugar de ver en el hecho de «pasar por el confesionario» (penitencia) o «por la sacristía» (matrimonio), etc. un gesto externo *indigno* o, por lo menos, *inútil*, atendida la espiritualidad cristiana, sepamos ver en tales gestos *la ocasión de patentizar* con auténtica y sana alegría ante todos —¡somos todos tan olvidadizos!...— la *imponente verdad* del acontecer sobrenatural realmente impensable, que va realizándose entre un Dios infinitamente generoso y la criatura humana.
- 4) Que, por tanto, sepamos «con cuerpo y alma» *dar gracias a la Gracia*.

NOTAS

1. La exposición detallada de esta tercera tesis se abre así: «¿Por qué se ha de ser cristiano? Responsumos claramente: para ser hombre de verdad.» Esta obrita ha sido publicada por Ediciones Cristiandad, Madrid, 1977.

2. La índole meramente ensayística de este trabajo me excusa de no citar aquí toda gran cantidad de textos muy anteriores al Concilio tridentino (neotestamentarios y patristicos, por ejemplo) que ofrecerían una base explícita a cuanto

digo y diré sobre los designios del Dios cristiano hacia los hombres, y especialmente sobre la gracia entendida como una real deificación obtenida generosamente por el hombre al ser creado y recuperada, tras el pecado o rechazo original, por él mediante el sacrificio del Cristo. Estos textos están lógicamente recogidos por los grandes tratadistas sistemáticos (por ejemplo: M. Scheben, *Los misterios del Cristianismo*, ed. Herder, Barcelona, 1950, 2 vols., obra profundísima y cada día

más revalorada, y también por los estudiosos del tema de la gracia (muy asequibles y al mismo tiempo muy sustanciosos, son: J. Daujat, *La gracia y nosotros, cristianos*, editorial Casal y Vall, Andorra, 1958; L. Boff, *Gracia y liberación del hombre*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1978). Con todo, aduciré aquí unos cuantos textos de un autor del siglo II, San Ireneo, que nos manifiesta con qué claridad y coherencia interna aparecía ya el mensaje cristiano en una época tan primeriza: «Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciese partícipe de Dios» (*Contra las herejías*, IV, 28, 1) ... «para que recibiésemos por El la adopción filial» (*ibid.*, III, 18, 1) ... «para que recuperásemos en Jesucristo lo perdido en Adán, a saber, ser imagen y semejanza de Dios» (*ibid.*, III, 18, 1); «El Espíritu Santo nos eleva a la vida de Dios» (*ibid.*, V, 9, 1); «No fuimos creados dioses desde un principio, sino primero hombres y después dioses» (*ibid.*, IV, 38, 4); «El Verbo se hizo hombre para que el hombre, acogiendo al Verbo y recibiendo la gracia de la filiación, fuese hijo de Dios» (*Apud Theodoret*, diálogo 1); «Dios con su amor inconmensurable se hizo lo que nosotros somos para que nos hiciéramos así lo que El mismo es» (pref. al libro V *Contra las herejías*).

3. Una elemental pero buena introducción en esta temática la constituye el opúsculo de Luigi Allevi, *Misterios paganos y sacramentos cristianos*, Edit. Herder, Barcelona, 1961. Presenta el estado de la cuestión y proporciona una bibliografía básica comentada.

4. El «Génesis» afirma que Dios vio que *todo* (por tanto, también la materia) lo que había creado era «bueno». Y nos dice que creó «hombres y no puros espíritus humanos. Pensemos, finalmente, en la doctrina de la «resurrección de los

cuerpos», que restablecerá la *unidad dual* de las personas en el «Reino».

5. Un posible símil: si queremos beber agua *hemos de ir* a la fuente y abrir la boca bajo el chorro. No basta con *desear* beber para que el agua brote en nuestra boca o el chorro vaya en su busca para saciarla. No se trata de que el agua quiera fastidiarnos: es que *la verdadera realidad* es que el agua y la boca son dos realidades distintas y que entre ella hay una distancia que es necesario salvar. Es esta dualidad y esta distancia lo que Jesucristo quiere hacernos notar mejor al establecer los ritos sacramentales. Al menos por lo que se refiere a los cristianos que poseen todas las condiciones para gozar de una vida religiosamente plena. Porque si les falta alguna (por ejemplo, conocimientos religiosos adecuados, posibilidades físicas, tiempo, etc.), la incuestionable bondad infinita de Dios no puede dejar sin respuesta —la gracia— la «buena voluntad» de los individuos, cristianos o no; es el caso, por ejemplo, del bautismo de deseo» de los no instruidos o mal instruidos sobre la Revelación cristiana; y es el caso también de los cristianos que se hallan en situaciones excepcionales, como, por ejemplo, el accidentado de seoso, pero incapaz físicamente de recibir el sacramento de la penitencia. En este sentido, el símil propuesto se queda corto, porque Dios es la única fuente que no deja insatisfecho el deseo del inválido incapaz de acercarse. Pero no caigamos en el error de confundir la *excepción* con la *regla*: el amor de Dios no desatiende tales casos, pero esto no quiere decir que no prefiera *normalmente* para los cristianos *una vida de plenitud sacramental*, con la vivencia más *total* que ésta pueda tener de las verdades cristianas.

CIERTAMENTE QUE NO PUEDE ADMITIRSE COMO VERDADERA LA TEORIA SEGUN LA CUAL SOLO LA VOLUNTAD HUMANA, DE LOS HOMBRRES INDIVIDUALES O DE LOS GRUPOS SOCIALES, SERIA LA FUENTE PRIMERA Y UNICA DE DONDE SURGIRIAN LOS DERECHOS Y DEBERES DE LOS CIUDADANOS, Y DONDE RECIBIRIAN SU FUERZA OBLIGATORIA LAS CONSTITUCIONES Y LA AUTORIDAD MISMA DE LOS PODERES PUBLICOS.

(Juan XXIII, *Pacem in terris*, núm. 78)

LA AUTORIDAD MISMA NO ESTA LIBRE DE TODA LEY; MAS AUN, COMO QUIERA QUE SU FACULTAD DE MANDAR NACE DE RECTA RAZON, SE SIGUE QUE SU FUERZA OBLIGATORIA PROCEDE DEL ORDEN MORAL, EL CUAL, A SU VEZ, SE FUNDA EN DIOS, SU PRIMER PRINCIPIO Y ULTIMO FIN.

(Juan XXIII, *Pacem in terris*, núm. 47)

Sobre Doctrina Social Católica

«...Estudiarla, enseñarla, tratar de aplicarla y serle fiel, es, para un hijo de la Iglesia la garantía de la autenticidad de su compromiso en los deberes sociales.»

S. S. JUAN PABLO II (Puebla)

LAS REALIZACIONES PRACTICAS DE LA DOCTRINA SOCIAL CATOLICA

En la década anterior a 1978, se ha hablado bien poco de la Doctrina Social Católica (DSC), y, si se aludía a ella en una conversación, uno se encontró con la contestación: «No sirve para nada.»

Por esta razón, trataré de exponer precisamente las *aplicaciones* de la DSC, realizaciones que se basaban sobre los principios expuestos en las Encíclicas desde 1891 hasta nuestros días. Estos principios no eran nuevos, son los que la Iglesia siempre ha defendido, pero en el último siglo fueron proclamados para oponerse tanto a los del liberalismo económico como a los del socialismo.

Se ha tardado casi 60 años desde la «*Rerum Novarum*» hasta que —después de la Segunda Guerra Mundial—, se podía crear unos partidos católicos fuertes, capaces de formar los gobiernos, pero entonces y durante más de veinte años formaron el gobierno en: Italia, Austria, Alemania, Holanda, Bélgica. En Francia, inmediatamente después se hundió poco a poco.

También se han establecido estos partidos en América Latina, formando el gobierno de 1964-1970 en Chile, y, desde 1979, en Venezuela.

Estos partidos —que no sólo eran católicos sino que incluían en sus filas a protestantes (Alemania), o que se unieron con partidos protestantes afines (Holanda), seguían para sus realizaciones las enseñanzas de la DSC.

A continuación quiero explicar la particularidad de sus realizaciones en el campo de:

- La familia.
- La asistencia a los necesitados.
- La propiedad.
- La relación entre asalariados y empresas.
- La organización económica.
- La Unión Europea.

1. LA FAMILIA

¿Para quién se produce y se construye en una economía?

Hay tres contestaciones:

- Para la familia (DSC).
- Para el individuo (liberalismo).
- Para el Estado (socialismo).

La política económica de los partidos católicos se basa en las necesidades de *la familia*. Con ello parece que se trate de unas políticas anticuadas, pero si bien la familia ya no es una unidad de producción, continúa siendo *la asociación de socorros mutuos más eficaz y barata*, y, de un campo de acción extraordinariamente amplio.

Si calculamos cuantas personas mayores de edad (entre 20 y 65 años), sanas, existen en *cual-*

quier nación, vemos que su parte es solamente aprox. el 50 %, siendo la otra mitad menores, ancianos, enfermos e impedidos, que necesitan que se les mantenga, cuide y precisan cariño. Pues, esta parte débil y doliente de la humanidad, quedaba antes siempre asistida por *la familia*.

Por ello, fundar una familia implica muchas cargas: se ha calculado que un joven que se casa y, después, tiene dos o tres hijos, ve bajar su salario a la tercera parte y que la semana de trabajo de la esposa sube a 70 horas, sin días de fiesta ni vacaciones.

Por ello, la Iglesia ha exigido, y, los partidos católicos han realizado las siguiente medidas:

- *El salario familiar*: Un salario que tiene en cuenta las cargas familiares del asalariado, concediendo subsidios familiares suficientes. (Cuadragésimo Anno.)

Además:

- *Viviendas familiares* suficientes y si espensible en propiedad.
- *Una enseñanza gratuita pero libre*, permitiendo a los padres elegir para sus hijos la enseñanza que deseen.
- (En cambio, ni el *liberalismo* ni el *marxismo* (para el tiempo de la Dictadura del Proletariado), quieren otra cosa que el salario según rendimiento.)
- (El *liberalismo* no se interesa por viviendas sociales, y el *socialismo* no quiere viviendas en propiedad.)
- (Tanto el *liberalismo* como el *socialismo* están contra la enseñanza libre e imponen la estatal. El liberalismo una enseñanza indiferente en materia de religión, y el socialismo agresivamente atea.)

* * *

Otros problemas, que no son económicos, encuentran en los partidos católicos una decidida posición: están *contra el divorcio y contra el aborto*.

Mientras tanto, el liberalismo y el socialismo los defienden los unos en nombre de la libertad

personal, y los otros para integrar a la mujer por completo en el proceso de producción.

* * *

Si nos preguntamos por el resultado de estas directrices del partido católico en la Alemania *occidental*, tenemos la suerte de poder compararlos con los de la Alemania *oriental*, que seguían la política socialista/comunista:

- Mientras que la población de la Alemania occidental en 25 años, aumentó de 48 a 62 millones...
- ...La de la Alemania comunista bajó de 19 millones a menos de 17, superando continuamente las defunciones a los nacimientos.

Cuando, en la Alemania del Oeste cambió la política familiar después de 1969 por la subida al poder del partido socialdemócrata, también en esta parte de la nación empezó a retroceder la población.

Unas reacciones idénticas se han podido constatar en Francia.

2. ASISTENCIA A LOS NECESITADOS Y SEGURIDAD SOCIAL

El cristianismo siempre ha sobresalido por su asistencia a los necesitados.

Los partidos católicos se abocaban a la solución de este problema —dramático después de la Segunda Guerra Mundial—, pero enfocaban las soluciones de una manera característica.

Su asistencia se basa en *tres pilares*:

La familia, *los ahorros*, *la seguridad social*, apoyando a la familia, fomentando el ahorro y la propiedad y organizando la seguridad social pública.

La organización de la seguridad social alemana difiere, por ejemplo, de la española.

Si bien, también se obliga a las personas a suscribirse a la seguridad social, en cambio, en aquel tiempo en Alemania, fiel al principio católico de *la subsidiaridad*, el asegurado era libre de escoger el médico, y, las instituciones: residencias, clínicas, etc., que deseaban, fueran particulares, benéficas o públicas.

Esta insistencia en *no* nacionalizar las instituciones de la asistencia ni la profesión médica, no

era solamente debida al respeto por el principio de la «subsidiaridad», sino también a la trágica experiencia que habían sufrido los países en la época del nacional-socialismo, cuando todas las instituciones se socializaron.

En solamente pocos años fueron liquidados en las instituciones de la seguridad social (gratuitamente) unas 120.000 personas como «enfermos incurables», mientras que no se conoce aún el número de esterilizaciones forzosas que se realizaron al mismo tiempo. Los médicos, que eran entonces funcionarios del Estado, tenían que cumplir con las leyes emitidas por el gobierno.

Difieren del concepto católico de la asistencia:

- «El *liberalismo*, que considera la previsión para tiempos difíciles como un asunto particular.
- «En el *socialismo/comunismo* desaparece la multiplicidad de centros asistenciales, los médicos son funcionarios del Estado, y, la ayuda familiar queda mermada por el trabajo fuera de casa de la madre de familia.
»Hay señales que también aquí la asistencia se emplea como medio de presión.
»Disidentes y creyentes en la URSS quedan asistidos en clínicas psiquiátricas, y, si alguien cambia del lugar de trabajo “sin una razón válida”, puede perder el derecho al retiro.»

* * *

En Occidente, en países con gobiernos laboristas y socialdemócratas el principio de la máxima asistencia pública para reemplazar a la familia, está en crisis actualmente.

Los gastos del Estado aumentan continuamente, pero todos se quejan de la asistencia. Y, sin embargo, el mayor problema aún está por presentarse: un número siempre en aumento de ancianos con una población en edad de trabajar siempre más reducida, gracias al descenso de los nacimientos por falta de una política familiar.

Estos problemas se hubieran podido prever, si los partidos que quieren sustituir la familia por la acción del Estado, se hubieran molestado en preguntarse, qué porcentaje de la población tendría que ser asistido entonces.

Además, se ha podido ver, que la asistencia oficial es muy costosa, por ejemplo:

- Tanto aquí como en Alemania las guarderías infantiles públicas cuestan el doble que las privadas.
- En lo que se refiere a las camas de hospital, ya hace dos años se calculó que en Cataluña el coste de *una cama por día* en la seguridad social era de más de 6.000 pesetas.

Por ello, incluso socialdemócratas hablan en el extranjero de la necesidad de apoyar a las asociaciones intermedias, las familias, etc., es decir, han descubierto el principio de la «subsidiaridad».

Y, si incluso en los países más ricos el sistema no ha colapsado aún es porque también en estos países muchas familias no recurren a la asistencia pública, aunque sus cotizaciones les den derecho a ello, sino que cuidan de sus niños, enfermos, impedidos y ancianos.

3. PROPIEDAD PARA TODOS

La Doctrina Social Católica está opuesta a la concentración de la propiedad, cuya disposición se halla concentrada en el liberalismo económico en una clase reducida, mientras que en el socialismo queda entre las manos del Partido. Contra estas dos realidades la DSC defiende la máxima difusión de la propiedad:

«No proletarios, sino propietarios», proclamó Pío XII, porque la propiedad es la base material indispensable para el ejercicio de la libertad personal.

Es un hecho, que en los regímenes donde no hay propiedad personal difundida, no existe tampoco la libertad.

De acuerdo con este principio, los partidos católicos han tomado las medidas para realizar el principio de la «propiedad para todos», tanto personal, familiar, como en la economía.

a) *Propiedad personal y familiar:*

- Los partidos católicos han fomentado grandemente la propiedad de *la vivienda*, concediendo créditos a largo plazo. Esta política se ha extendido a otros países. Así se considera que más de la mitad de las vi-

viviendas en España son propiedad de la familia que las ocupa.

- «En cambio, el *liberalismo* está en favor de la vivienda en alquiler, pero sin restricción para su aumento.
»El *soc/comunismo* está contra la propiedad de la vivienda, como hemos podido comprobar en Cataluña de 1936 a 1939, cuando el poder público se incautó de las viviendas.»
- Además, los partidos fomentaron *el ahorro*, otorgando exenciones de impuestos y beneficios extraordinarios a los pequeños ahorradores.
- Asimismo fomentaron la adquisición de valores para todos (*capitalismo popular*) permitiendo adquirir ciertas acciones a precios favorables, y, promocionando la creación de valores especialmente seguros.
- «En cambio, el liberalismo económico cree que cualquiera puede ahorrar con sólo quererlo —olvidando de que con el *doble* de ingresos, se puede ahorrar *entre tres y seis veces más*.»
- El socialismo/comunismo está opuesto a la formación de propiedad individual.»

* * *

De acuerdo con esta política de fomentar la propiedad de todos, los partidos católicos lucharon contra la inflación, y, con éxito, basando su política financiera en un presupuesto equilibrado.

* * *

Al mismo tiempo se realizó una política en favor de la propiedad en la economía: tanto en *la agricultura*, como en *la industria y el comercio*.

- *Agricultura*: Se apoya la empresa familiar. En Italia (Mezzogiorno) se organizó el Centro y el Sur, creando fincas agrícolas capaces de mantener a una familia, es decir, se realizó una reforma agraria, pero:
- *Indemnizando* al anterior propietario por la parte de la tierra separada.

- Concediendo las nuevas fincas *en propiedad* a la *familia obrera agrícola*.

Entre 1964-1970 también la DC chilena emprendió una reforma agraria.

- «En cambio, el *liberalismo* rechaza la *reforma agraria*.»
- «El *socialismo/comunismo* la ejecuta sin indemnización y sin formar propiedad privada —familiar, sino propiedad colectiva del Estado—. El obrero agrícola y su familia no se independizan, sino que quedan sujetos al “koljose”.»

— *Industria y comercio*: Se defiende la pequeña y mediana empresa, fomentando la creación de institutos de créditos propios, de centros de investigación, etc., para aumentar su competitividad con la gran empresa.

— En la *gran empresa* se introduce la cogestión para incrementar la cohesión de la empresa y la corresponsabilidad de los que trabajan en ella.

- «El *liberalismo ec.* está contra la cogestión.»
- «El *socialismo/comunismo* (URSS y satélites) rechaza cualquier cogestión ya que podría dificultar el cumplimiento de las normas del Plan.»

* * *

— Los partidos católicos *están contra los monopolios*, tanto privados como públicos. Su política en favor de la propiedad difundida queda completada por la lucha contra cualquier concentración de poder económico.

- «En cambio, el *liberalismo ec.* solamente luchó en algunos países contra las tentativas de eliminar la libre competencia.»
- «El *socialismo/comunismo* representa la máxima monopolización: de *toda* la economía: producción, distribución, financiación, trabajo.»

Bajo la guía de los partidos católicos, en menos de 25 años, se ha logrado adelantar mucho en la finalidad de «*Propiedad para todos*». Todos los sociólogos han tenido que constatar que gran parte de la clase obrera se ha transformado en estos años en clase media, luego se ha logrado transformar «los proletarios en propietarios».

Aunque en *España*, oficialmente la política no era democristiana, muchas de las tendencias han sido seguidas. Así, p. ej.:

- Se fomentó la propiedad de *la vivienda*, con el resultado de que actualmente *más de la mitad* de las siete millones de familias son propietarias de su vivienda, sobre todo, familias obreras. Además:
- Parece que en 1975, *una tercera parte* de los hogares eran *accionistas*. Mientras que:
- Más de *cuatro millones* —entre los 13 millones de personas activas— eran *pequeños propietarios* u *obreros independientes*. Sobre todo, la relación entre propietarios y obreros del campo ha cambiado profundamente en favor de los primeros en algunas regiones de España.

4. RELACION ENTRE ASALARIADOS Y EMPRESA

Habiendo fomentado la Iglesia:

- La formación de asociaciones obreras.
- El salario suficiente.
- El salario familiar.
- Exigido el incremento de los ingresos de todas las clases de acuerdo con el progreso.

Los partidos católicos, apoyados por sus sindicatos cristianos, no solamente lograron —en unos diez años después de la guerra—, realizar el salario suficiente y el salario familiar, el incremento de la propiedad personal y el aumento de sus ingresos de acuerdo con la productividad (es decir, de acuerdo con el progreso), sino que trataron de encontrar camino para realizar otros dos deseos expresados en las Encíclicas.

Aunque, según la Enseñanza de la Iglesia el régimen de salario no sea injusto por naturaleza, considera que convendría llegar a formas mejores en esta comunidad de actividades, que es la «empresa», quería ver establecerse:

a) *La participación en los beneficios*

Se ha tratado de realizarla en diferentes países, o bien concediendo parte de los beneficios, o bien dando títulos de participación en la empresa (acciones).

La CDU/CSU alemana trató ya en sus comienzos de establecer una tal participación de *los obreros de la misma empresa*, pero —aparte de otras dificultades— se presentó la exigencia del partido socialdemócrata, que pedía que los títulos de participación en el capital de las empresas *no* fueron entregados a los mismos asalariados de la empresa, sino *al sindicato obrero*, con que éste se hubiera transformado en un extraordinario poder económico.

b) *La participación en la gestión*

Ya en los años 1951, el partido CDU/CSU logró instituir en el sector minero y siderúrgico la cogestión, según la cual la mitad de los miembros del consejo de administración quedaba cubierta por los representantes de los accionistas y la otra mitad por los obreros.

También aquí hubo dificultades con el partido socialdemócrata, porque éste quería que los puestos correspondientes en los consejo sde administración no los ocupasen los obreros de *la misma empresa*, sino *los representantes de los sindicatos*. Los partidos democristianos tenían que claudicar en parte, concediendo el mismo número de representantes al sindicato, como había obreros de la misma empresa en el consejo de administración.

- «Vemos pues, que dos medidas en favor de los obreros, no solamente hallaron la oposición de *los liberales*, sino de los *socialdemócratas*, que querían transformarlas en medidas *socialistas* en favor del *poder del sindicato*, y, por lo tanto, de su partido.»
- «Existe, pues, una gran diferencia entre “una política *social* y una política *socialista*”.»

Si bien en Alemania —después de la guerra— se ha llegado al más alto grado de colaboración dentro de la empresa, también los demás partidos católicos han fomentado todas las formas de colaboración social en su país, siguiendo los deseos del Magisterio de la Iglesia.

Asimismo en España se tomaron medidas, tanto oficiales como privadas:

Oficiales: Instituyendo un representante obrero en todas las empresas de más de 500 asalariados, y, decretando una participación en los beneficios, una participación que se transformó pronto en una cuota fija.

Privadas: En muchas empresas más pequeñas, los empresarios han tratado de cumplir con los deseos del Magisterio instituyendo un diálogo con los asalariados, o, incluso, dejando la empresa completamente en sus manos.

Primero: Sobre todo después de la Revolución Francesa fue instituida la empresa privada, eliminándose los vestigios de las otras formas (p. ej.: las tierras comunales).

Segundo: Contra esta forma se sublevaron los colectivistas (sindicalistas y socialistas), que exigían la eliminación de la propiedad privada, esperando lograr así la transformación del género humano. En la actualidad, esta forma se ha establecido en la tercera parte del mundo, haciéndose el Estado cargo de la propiedad colectivizada.

Tercero: Una forma diferente del colectivismo es aquella donde la propiedad no queda en manos del Estado, sino de los obreros de la misma empresa. Esta forma fue instituida entre 1936/1939 en Cataluña y Aragón, las «colectivizaciones».

* * *

5. ORGANIZACION DE LA ECONOMIA

Para la organización de la economía la DSC establece el principio de *la subsidiaridad*, según el cual una organización mayor no tiene que realizar, lo que es capaz de hacer una más sencilla. Este principio emana de uno más amplio, según el cual la sociedad y la economía tienen que subordinarse a la persona.

Se quiere lograr que la sociedad y la economía se construyan desde abajo, y, que no se imponga una organización desde arriba. Por ello, en sus declaraciones los partidos recalcan continuamente la responsabilidad y la necesidad de la iniciativa personal de cada ciudadano.

* * *

Mientras tanto, los diferentes sistemas económicos han debatido otra cuestión organizativa, que ha causado no pocos estragos en los últimos dos siglos:

¿La actividad económica tiene que organizarse mediante empresas *privadas*, *públicas* o *cooperativas*?

Hace dos siglos se empezó a considerar, que existía una *sola forma* de organizar la economía, una forma perfecta, teniendo que eliminarse a todas las demás.

En este litigio, que ha sido causa de muchas revoluciones, la DSC tiene un punto de vista propio. No rechaza a ninguna de estas formas, y, sus diferentes formas de organización económica:

- Empresas de propiedad privada.
- Cooperativas (es decir, la auténtica «auto-gestión»).
- Empresas públicas.

Pero viviendo en coexistencia pacífica

Esta «economía mixta» ha sido otro de los éxitos de la posguerra.

Sin embargo, estas diferentes formas tienen que cumplir con ciertas condiciones:

- a) *Libertad* para la organización. No se puede imponer ningún tipo exclusivamente en un sector, ramo, etc.
En el caso de nacionalizaciones, éstas tienen que ser decididas por mayoría de votos y contra indemnización previa y adecuada a los dueños. Si estas nacionalizaciones no se consideran útiles, se puede decidir la reprivatización de las empresas.
- b) Todas las diferentes formas de organización tienen que contar con *las mismas condiciones* (de créditos, impuestos, etc.).

* * *

Los partidos que se apoyan en la DSC quieren que *todas* las formas de empresa pueden realizarse —pero disfrutando de las mismas condiciones— pudiéndose descubrir así cuáles son las formas más acertadas en cada caso.

- «Vemos, que se han liberado de las obsesiones del *liberalismo*, *sindicalismo* y *socialismo/comunismo*, que opinan solamente una forma de organización sea la verdadera, teniéndose que eliminar a todas las demás como perjudiciales.)

* * *

Entre las realizaciones logradas por estos partidos tenemos que mencionar uno, que quizás, sea más bien político:

6. LA UNION EUROPEA

Los partidos que se basan en la DSC son el alma de la integración europea, gracias a la comunidad de convicciones.

En 1945, después de la guerra, esta comunidad de convicciones ha encontrado una realización insólita:

— Los alemanes y franceses de ambos lados del Rin se han unido en reuniones de oración.

También en lo sucesivo estos partidos han sido decisivos para la construcción de Europa; donde son fuertes la unión internacional avanza, en cambio, son los países, donde no existen estos partidos, que hacen surgir las mayores dificultades.

También esta obra ha sido obstaculizada:

- Por el *liberalismo*: para hacerle la competencia se fundó la EFTA (Asociación de Libre Cambio).

- La Unión Europea queda continuamente atacada por el *socialismo/comunismo*.

RESUMEN

Después de la guerra, en la mayor parte de los países del continente europeo han surgido unos partidos políticos inspirados en la *Doctrina Social Católica*. Su política económica y social basada en la *protección a la familia*, el principio de la *subsidiaridad* y el logro de la «*propiedad para todos*», difería tanto del liberalismo económico como del socialismo.

Su éxito fue completo y su influencia traspasaba las fronteras.

Aún en la actualidad estos partidos han tenido bastante cohesión y poder para pasar una moción contra el aborto en el Parlamento Europeo de Estrasburgo.

En los últimos 10 ó 15 años han tenido que colaborar con otros partidos o han sido reemplazados por los socialdemócratas.

El resultado del abandono de los principios esenciales de la DSC ya se nota en todos estos países:

1. *Falta de protección a la familia*: Tanto la nupcialidad como la natalidad han bajado, no llegando en algunos países a compensar las defunciones.
2. *Abandono del principio de subsidiaridad*: Los gastos de la seguridad social aumentan desmesuradamente en todos los países, mientras que las pérdidas de las empresas nacionalizadas desequilibran el presupuesto.
3. *Propiedad para todos*: Los logros alcanzados en 1965-1970 peligran debido al rápido incremento de las cotizaciones de la seguridad social, de los impuestos, y, por culpa de la inflación.

ELSA HOERLER DE CARBONELL

Los elementos y las cualidades sensibles

LA VELOCIDAD DE LA LUZ

«La iluminación se realiza en un instante; y no puede decirse que se realice en una medida imperceptible de tiempo. Esto podría ocultarse en un pequeño espacio, pero no en tan grande espacio como hay entre el oriente y el occidente; y sin embargo, en cuanto el sol aparece en un punto del horizonte, queda iluminado todo el hemisferio hasta el extremo opuesto.» (S. Th. I q67 a2).

«De las medidas realizadas hasta 1955 se ha llegado a establecer como valor más probable para la velocidad de propagación de la luz en el vacío $c=299.793$ Km/s., con un error que se puede considerar inferior a una unidad de la última cifra, muy próximo al primitivamente dado por Michelson.» (Física Teórica, Juan Cabrera y Felipe, n. 156.)

Los frutos que obtendremos de la resolución de este flagrante contraste serán tan importantes, tanto para la filosofía como para la ciencia, que para fundamentarla mejor partiremos del principio.

LOS ELEMENTOS Y LAS CUALIDADES ACTIVAS Y PASIVAS

Se dice que hoy conocemos algo más de cien elementos y que Aristóteles creía que eran cuatro, pero eso es un infantilismo ingenuo, efecto del materialismo esterilizante que nos ahoga. Hay que ver por qué Aristóteles pensó en cuatro elementos y a partir de ahí para salir del oscurantismo científico moderno.

Galileo llamó a su obra más polémica «Diálogos de los Máximos Sistemas»; modernamente, Pierre Duhem ha titulado su más importante trabajo «Le Système du Monde»; el problema de entender el orden del universo y de sus causas es el de la comprensión de un sistema; ahora se define sistema como un conjunto de entidades relacionadas; «según el filósofo (V. Metafis.) toda relación se funda, o bien en la cantidad, como la mitad o el duplo, o en la acción y la pasión, como la del que hace a lo hecho». (S. Th. I q28 a4.) Para alcanzar la comprensión del sistema del mundo, hemos de fijarnos en las cualidades activas y pasivas, como hizo Aristóteles, más que en los cuatro elementos; tierra, agua, aire y fuego surgen, en la concepción del estagirita, como el resultado de las cuatro combinaciones posibles de las cuatro cualidades fundamentales, calor y frialdad, sequedad y humedad.

Esas cuatro cualidades pensadas con categorías de acción y de pasión, pueden definirse en términos mucho más universales así: el calor como actividad, la frialdad como negación de actividad, la sequedad como negación de pasividad y la humedad como pasividad. Las cuatro cualidades de Empédocles y Aristóteles se hacen más sugerentes para la mentalidad moderna si las expresamos así: energía y frialdad, consistencia y fluidez; la humedad, por ejemplo, no es una incorporación de agua o mezcla con ella, sino aquella cualidad por la que los cuerpos pierden su consistencia y se hacen líquidos o gases, y que pueden tener por mucha pasividad (gases a baja temperatura) o por mucha actividad (sólidos fundidos a alta temperatura), pero siempre por la pasividad que permite el fluir de sus partes; no es lo mismo

ser sutil por muy pasivo que por muy activo. Lo seco, lo sólido, por ser menos fluido tiene menos pasividad; lo fluido o lo húmedo, líquido o gaseoso por tener más movilidad tiene más pasividad; por eso puede llamarse a la humedad cualidad pasiva. La cualidad activa es lo que se llama calor, energía, luz, radiación o sonido, y tiene que ver con la causa eficiente del cambio sustancial o la del movimiento cósmico; cada cambio sustancial se determina en sus efectos por la interacción de la energía de un cuerpo (estado energético) con la pasividad de otro (grados de libertad de su estructura); la humedad (agua) apaga el fuego porque la dispersabilidad del agua, cuerpo no rígido, se lleva la energía.

La forma da «no pasividad», «sequedad»; las formas alcanzadas quitan pasividad a la materia; a medida que la materia va siendo asumida por las formas inferiores, va dejando menos pasividades para las formas superiores; va cristalizando, solidificándose pareciéndose más a la «tierra». Lo primero y más elemental que determina una forma en la materia, son los grados de libertad de movimiento y la estructura geométrica de éste en la corporeidad de su figura y estructura interna.

La forma sustancial determina, como una de las cosas principales, la figura, es decir, el orden de las partes en el todo, lo que constituye la cualidad de cuarta especie; es la forma, la que causa que unas partes estén en determinada relación de distancia con las otras; los fisicomatemáticos dirán que las estructuras corporales se dan por los equilibrios de fuerzas electroestáticas, por los principios de la mecánica cuántica o por el principio de indeterminación de Heisenberg, que no permite reducir a un punto la posición si hay energía, pero es al revés; es porque la forma determina la figura que los fisicomatemáticos han podido abstraer todos estos conceptos. La causa es la forma, no la materia, ni mucho menos las entidades mentales inventadas sobre las relaciones cuantitativas materiales.

De la separación de las partes de su orden respecto al todo, puede que surja una predisposición a formar compuesto, y ése es el fundamento ontológico de la electroquímica y de la electroestática.

El fuego es activo porque une, dice Aristóteles (Gener. y Corr. II 328b, 25) y (Tratado del Cielo III 307b), pero mejor es decir que el fuego se produce en la unión; la energía, el acto ener-

gético, es lo que une; «La luz concilia los elementos y los reduce a la unidad». (S. Th. I q76 a7 d3); veremos luego que la energía se manifiesta en tonos y colores. No habría unión de sustancias si un acto anterior no infundiera la forma nueva.

Toda vibración es un movimiento accidental; el cambio sustancial sucede cuando el sistema se engarza a vibrar sobre otro centro; siempre que hay radiación hay reconfiguración de material; parece plausible la hipótesis de que la grabación de la Santa Sábana pueda ser debida a radiaciones, pues en cualquier resurrección hay reconfiguración de materia.

La actividad de los cuerpos consiste en que sus formas quitan pasividad a la materia prima, en que son instrumentos del acto energético espiritual o en ser vía de interacción entre los cuerpos, como ocurre en la llamada conducción eléctrica.

Toda forma material constituye un orden entre las partes de su materia próxima; la distinción de las partes es por esa materia; las formas elementales se diversifican por los posibles modos de dejarse mover, ya que de ellas no viene el movimiento. El movimiento de las formas materiales inanimadas es «alrededor» de una estructura geométrica, comunicada a la materia por la misma y única forma sustancial; la excursión o elongación fuera del punto de reposo se traduce en una tendencia a la recuperación de ese punto.

En las formas elementales tenemos pues: modo, en los posibles modos de movimiento que comunican al ser un «modo de ser» pasivo, una idiosincracia pasiva; especie, en la propia estructura comunicada a la materia por la forma; orden, en la tendencia a la recuperación de la estructura; es un orden pasivo.

Hablar de materia y energía es perfectamente congruente con toda la física moderna; es lo mismo que decir pasividad y actividad, y eso equivale a decir humedad y calor, agua y fuego; por eso se puede decir con verdad en una cátedra de fisicoquímica: «todo arde» y «todo son disoluciones». Los elementos de Aristóteles no están tan lejos de las concepciones modernas como parece a la tendenciosa visión simplista antiaristotélica en boga.

LA POTENCIA SENSIBLE Y EL ACTO ENERGETICO

Todo lo que se siente es acto de alguna manera; hemos de buscar la causa de la sensación

en la línea del acto y la encontraremos en el acto energético particularizado por la pasividad intencional de la potencia material; la actividad no viene de la materia, por eso se requiere un acto energético, causa de la luz y el sonido, cuya participación por la potencia sensible animal, determinada por la corporeidad pasiva del universo material, es color y tono.

No se puede apetecer lo que no existe; si no existiera ante el acto o la forma de alguna manera, la materia no tendría ninguna tendencia, ni el entendimiento posible, ni el sentido tendrían ninguna intencionalidad; además si la sustancia espiritual separada de la materia no la impulsara, no habría inercia; toda vibración se produce como efecto alternada de estas dos causas: la tendencia de la materia a la forma perfecta y el movimiento local de las partes corporales impulsadas por el viento espiritual causa de la inercia; el olvido del principio del movimiento, nada se mueve si no es movido por otro, ha llevado a considerar el poder como proveniente de lo posible (potencia) y no del acto; así una explosión nuclear se concibe como manifestación de algo encerrado, y no como atracción por un acto extrínseco hacia nuevas sustancias corporales: ¿Cómo va a partir de un átomo la iniciativa de desquiciar el universo y empezar una radiación? La sollicitación viene de fuera; es «outside-in»; la materia sólo responde. Todo el universo vibra con la vibración de cada mínimo natural y la radiación obedece a roturas de estructuras; los que se llaman orbitales atómicos son semisistemas vibrando contra el resto del universo.

El impulso es del acto, la determinación concreta de la materia; el impulso es único y se multiplica por la materia; el movimiento cósmico se divide por la materia, no por sí mismo.

Las comparaciones de lo espiritual con la luz, el calor y la armonía no son puramente antropomorfismos, son analogías metafísicas, porque las sensaciones son participaciones del acto.

Del espíritu y de la forma corporal vienen la actividad y la no pasividad, respectivamente.

El sonido es vibración en la materia y tono en el espíritu; la luz es vibración en la materia y color en el espíritu; pero es así porque viene del espíritu, afecta a la materia y se recibe inmaterialmente en otro espíritu; viene del espíritu porque el acto energético se comunica al cosmos por la infusión divina de las formas en la materia prima y por el movimiento que imprimen a los cuerpos

las sustancias inteligentes separadas. Estas dos causas son el fundamento ontológico de lo que la física ha llamado energías potencial y cinética respectivamente.

El tono y el color tienen que ver con la cantidad de mole y con la rigidez, es decir, con la pasividad y no pasividad; la luz y el sonido se relacionan con la energía, es decir, con la actividad y no actividad.

El calor, la energía, produce una vibración que afecta al móvil hasta predisponerlo al cambio sustancial; la irrupción de la materia en la forma se hace con emisión de luz manifestativa del nuevo ser; producida la luz como actividad manifestativa de la irrupción de la materia, movida por el acto, en un nuevo ser, todo el tinglado montado por la fisicomatemática midiendo frecuencias y longitudes de onda, no es más que la referencia de los posibles estados de vibración de la materia cuantitativa que confinan la actividad a las posibilidades concretas de la pasividad material.

La luz, el calor y el sonido son la manifestación del acto que se hace perceptible al sentido particularizado por la cantidad de la materia: luz, calor y sonido, de más o menos activo y de menos a más cantidad pasiva; la particularización condicionada por la pasividad y no pasividad material y corporal determina el color y el tono.

Son primero la luz y el sonido que la vibración; no es que la vibración produce luz y sonido, sino que la luz y el sonido, es decir, la energía producen vibración, y según el modo como la vibración es determinada por los modos de pasividad material, son el color y el tono. La energía, sea luz, calor, cinética o potencial, es la participación corporal de un poder activo; la energía llamada potencial está en el acto hacia el que tiende la materia; la energía cinética es la acción del motor que está en acto en el móvil, que, a su vez, es ser potencial. Potencia y acto son las categorías apropiadas para hablar de materia y energía, que es de lo que habla la física moderna.

La cantidad indeterminada viene de la materia, pero las determinaciones de la cantidad propias a cada especie vienen de la forma; por eso es la forma sustancial de los cuerpos la que determina el color y el tono; lo menos que puede haber sobre el movimiento es la determinación de las libertades de movimientos; lo especificante, en lo pasivo, tiene que ser la manera de dejarse mover; colores, sonoridades y todas las cualidades sensibles de los cuerpos tienen que ver

con la manera de dejarse mover; la figura es una proporción entre las dimensiones geométricas y la frecuencia propia de vibración es una proporción entre las dimensiones de la figura cinemática (espacio-tiempo); por eso acompaña a las cualidades ópticas y acústicas de las sustancias; es la forma de sonoridad o de color la que determina la frecuencia (valores propios) a la que puede vibrar la materia actualizada por ella, es decir, el cuerpo concreto sujeto receptivo de la acción energética; cada color y tono se da por un modo de ser y es un modo de ser; son según el modo de ser pasivo de la materia corporal; no es que la materia produzca el color, sino que la forma corporal restringe los grados de libertad de la materia, de manera que ésta sólo puede soportar ciertos cambios cuantitativos, y eso produce el color, al dejar que sólo se manifiesten ciertos aspectos del acto luminoso.

Recordemos que la luz pone en acto el color, y que el sonido es al tono lo que la luz es al color. (Aristóteles, Tratado del Alma II 420a, 25). La luz y el sonido están en línea del acto; el color y el tono son efecto suyo en la potencia sensible mediatizado por la pasividad de la materia cuanta del cuerpo animal y de los que le circundan. La luz es una participación del acto energético que produce vibración; el cuerpo determina la frecuencia de la vibración y, por tanto, el color y el tono de la luz y el sonido. Son las cualidades sensibles, por la que obran las sustancias, y las acciones se manifiestan cuantitativamente por la estructura situacional de la materia pasiva coherente por la forma.

El ojo no ve la onda sino el color y el oído no oye la vibración sino el tono. Pero hay color y luz, tono y sonido en la vibración, porque hay un acto energético que la impulsa cuyos son los destellos cualitativos cromáticos y armónicos. Se ven aquellas frecuencias que permiten la pasividad del cuerpo propio del animal que siente y los que le rodean, al padecer la acción de la comunicación del acto energético en frecuencias determinadas por su estructura corporal.

El sonido es materialmente una vibración, pero formalmente es la manifestación del acto energético espiritual que impulsa al universo corpóreo, del que cada cuerpo deja sólo manifestar ciertos aspectos según sus frecuencias propias de vibración que determina su forma al configurar la materia con negación de ciertas posibilidades de pasión.

El movimiento cósmico (luz, sonido) hace que se manifieste la cualidad sensible (color, tono) de la sustancia. En los focos activos de luz, se da en el mismo cuerpo el movimiento cósmico y la manifestación de su cualidad sensible; el acto energético actúa desde dentro porque todo lo penetra.

La cualidad sensible es un darse a conocer; es consecuencia de la difusividad del bien; el movimiento es cierto acto, y también es difusivo. La vibración (luz, sonido) pone en acto la cualidad (color, tono) que es lo que la pasividad de la materia deja manifestar del acto. La no pasividad del objeto iluminado especifica el acto del conocimiento sensible.

La luz se da en el espectro en el que más vibran las sustancias corporales, y el ojo también es corporal; lo mismo ocurre en el oído; la dificultad en fabricar altavoces de alta fidelidad hace ver que en la naturaleza es difícil conseguir vibraciones en la zona no sensible. El oído capta pues todo el sonido natural. El calor se capta por el tacto en todo el cuerpo; hasta que la longitud de onda no disminuye lo suficiente para permitir buena discriminación, no se organizan el ojo y la retina que captan hasta donde se producen vibraciones en la naturaleza. El ojo y el tacto captan pues todo el espectro electromagnético natural de la manera que se le pueda sacar mejor partido. La transparencia de los cuerpos a las radiaciones ultrapenetrantes hace inútil su sensibilidad.

La intencionalidad de los cognoscentes es como la de la materia, y, así como la materia apetece sólo las determinadas formas para las que está en potencia, cada facultad de conocimiento, cada sentido, está abierto a sólo determinadas cualidades, a determinados seres. La intencionalidad tiene algo que ver con la especialización de los órganos para discernir las particularidades de los aspectos que conoce cada sentido; los órganos sensoriales son especializaciones orgánicas para captar las determinaciones materiales del acto energético, no sensores de la actividad de la materia. El ojo no se desarrolla sólo para captar la luz, sino también los perfiles geométricos de los cuerpos cuando la longitud de onda lo permite; por eso tiene cristalino, pupila y es esférico, como una cámara fotográfica. El oído se desarrolla anatómicamente, no sólo para oír sonidos, sino también para distinguir tonos y para peccrarse esteoreofónicamente de los ruidos; por eso desarrolla

el órgano de Corti, los animales orientan las orejas y el hombre tiene dos.

Todos los sentidos participan de la luz, que es el máximo acto sensible; por eso en todos los sentidos hay mecanismos materiales de transporte del catión sodio (Na^+); las predisposiciones al cambio sustancial son el fundamento ontológico de la electroquímica y la luz tiene que ver con la transformación de sustancias, tanto en la emisión mineral como en la recepción del sistema sensitivo animal.

El sonido se conoce por el oído y consiste en cierta unificación de la vibración en el tiempo; la luz manifiesta los colores que se perciben en cierta unificación del tiempo y del espacio, ya que la vibración se unifica en una sensación de color, como el tono en el sonido, y además el animal percibe la extensión por donde se reparte el color, simultáneamente, realizando cierta unificación de lo disperso en el espacio; olfato, gusto y tacto permiten cualidades de cuerpos en fase gaseosa, líquida o sólida, respectivamente, que son también participación del ser actual que los engendra y conserva.

Si el sentir se basa en una inmutación, como dice Santo Tomás, no es raro que se sientan las vibraciones que son inmutaciones continuas; la vibración es un movimiento, es, pues, cierto acto, y perfecto, ya que es en cierto modo circular. De hecho, cuando algo vibra, entra en cierta sintonía con todo lo que en el universo vibre a esa frecuencia; objeto y sujeto son uno en la vibración luminosa o sonora. Al vibrar o girar juntos se unen en la participación de lo que les impulsa; también son uno contra el resto del universo, que no es ni objeto ni sujeto.

Conocer es hacerse uno con lo otro; la unidad ha de ser en el acto, en la materia no la puede haber. En lo finito, si no hay movimiento, no hay actualidad; el movimiento es cierto acto. No es de extrañar que los conocimientos sensitivos consistan materialmente en una sintonía de vibración y formalmente en la unidad participativa del acto energético espiritual que la impulsa.

Dejamos para un próximo artículo la consideración de las consecuencias científicas y filosóficas que todo esto conlleva.

M. M. DOMÉNECH, I.

LA PAZ EN LA TIERRA, PROFUNDA ASPIRACION DE LOS HOMBRES
EN TODO TIEMPO, NO SE PUEDE ESTABLECER NI ASEGURAR SI NO
SE GUARDA ENTERAMENTE EL ORDEN ESTABLECIDO POR DIOS.

(Juan XXIII, *Pacem in terris*, núm. 1)

Tenemos que proclamar solemnemente que la vida humana se transmite por medio de la familia fundada en el matrimonio único e indisoluble.

Juan XXIII. Mater et Magistra

«Es derecho de la Iglesia siempre y en todas parte predicar la fe con auténtica libertad, enseñar su doctrina social, ejercer sin trabas su misión entre los hombres e incluso pronunciar el juicio moral, aún en problemas conexos con el orden político, siempre que lo exijan los derechos fundamentales de la persona y la salvación de las almas».

Vaticano II Gadium et Spes 75, 6

«La Iglesia no puede dejar de proclamar el principio inscrito en el derecho de la naturaleza y confirmado por el Evangelio, en el que Cristo nos amonesta «Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre».

Juan Pablo II en Irlanda